

EUSEBIO DE CESAREA

VIDA DE
CONSTANTINO

EDITORIAL GREDOS

EUSEBIO DE CESAREA

VIDA DE CONSTANTINO

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
MARTÍN GURRUCHAGA



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 190

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por JOSÉ M.^a CANDAU.



© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1994.

Depósito Legal: M. 5575-1994.

ISBN 84-249-1639-5.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1994. — 6619.

INTRODUCCIÓN

I. PRÓLOGO

La *Vita Constantini* es una «*encomiastiké tetrábiblos*» (panegírico en cuatro libros), como definió Focio la última obra de Eusebio, obispo de Cesarea de Palestina, publicada póstumamente, sin pulir, por su sucesor y albacea Acacio, en torno a los años 340-341, poco después de la muerte de su autor. El texto relata la vida piadosa de Constantino Magno, muerto el 22 de mayo del año 337, en Anciron, suburbio de Nicomedia, de regreso de una cura de aguas medicinales, que de poco le sirvieron. Su importancia estriba en que es la primera biografía del primer emperador cristiano, narrada por un contemporáneo adicto que lo conoció personalmente.

¿Qué problemas tiene la *Vita Constantini*? Puede decirse que todos, en lo relativo a la forma, al fondo y al autor.

A) Comenzando por la forma, la obra ofrece un fenotipo extraño: encomio según la rígida preceptiva de Menandro Rétor, pseudobiografía, pseudohistoria. Este tipo de obra confundió a todo el mundo, pues expresamente dice que sólo tratará lo que se refiere a la piedad de Constantino, es decir *sub specie Dei*. Viejo error ha sido exigir lo que Eusebio, astuta u honradamente, no quiso dar: historia. Para colmo, había errores de composición, y hasta de información.

B) ¿Cuáles son los problemas de fondo? Una esencial disparidad de iconos. El que presenta Eusebio describe al hombre que adoró al Dios de su padre Cloro (presuponiendo Eusebio abusivamente que era de los cristianos porque los favoreció en la persecución, cuando a lo sumo sería un heliólatra monoteísta honrado), un hombre que recibió el don de una visión divina precisamente cuando miraba al Sol monoteísta y de corte mitraico castrense heredado de su padre y que le comunica el uso de la cruz como *phylaktérion* para vencer al tirano Majencio; un hombre «piadoso», evérgeta, comprometido irrestrictamente con la causa cristiana, en virtud de un *do ut des* impecable, y que configuraba el paradigma arquetípico de emperador, como nunca había sido, y como en el futuro todos debían ser. No era así el icono que el mundo estudioso se hacía de Constantino. En su vida constaban peripecias que parecían contradecir todo lo que Eusebio ofrecía o confirmar lo que silenciaba: los casos de Majencio, Maximiano, Licinio, Crispo y Fausta, el tolerante rescripto de Hispelo, la paganizante *dedicatio* de Constantinopla, la tardía persistencia solar en la imaginería numismática, el subrepticio *Triskaidekatos Theos* en su entierro, la tentación megalomaniaca del *isapóstolos*, las monedas de *consecratio*, el apotropaico lábaro cruciforme y el *Chi-Rho* (como cruz monogramática lactanciana o aspa monogramática de Eusebio). En el *Cod. Theodosianus* había muestras de crueldad arcaica. Desde otro ángulo, Constantino convocaba y presidía sínodos, intervenía en los asuntos de la Iglesia y transterraba a los disidentes, acabando por recibir el bautismo clínico de manos de un arriano.

Desde la Ilustración, la *calliditas* constantiniana fue resaltada por la Disertación de Jena, en el siglo XVIII, y sobre todo desde un fruto de ella, J. Burckhardt, que vio en Constantino al «hombre irreligioso», al «asesino egoísta»,

sin tiempo para la hondura religiosa, y a Eusebio como «el más repugnante de los panegiristas, que mentía a mansalva». Proliferaron con éxito las concepciones sobre Constantino como «Voluntad de Poder» (E. Schwartz), como el neutralista del «sistema de la paridad» (Th. Brieger), la del sincretista heliólatra creador del «brillo embaucador», en cuyo señuelo paganizante cayó la Iglesia por su afán de implantación (T. Zahn), la del «supersticioso» que, aun convertido, no se libró de ese tic (A. Alföldi), la del hamletiano «pobre hombre que anda a tientas» (A. Piganiol), la del «producto de la época, que si no él, otro necesariamente habría dado el quiebro histórico» (Delle Selve), la del segundón frente a Licinio «campeón del Cristianismo» (H. Grégoire). A todos se opuso Norman Baynes, viendo en Constantino «al bloque errático» de la Historia, impredecible, impredecible, que ni moderniza ni repristina: sencillamente rompe la Historia en dos. Eusebio se demostraba reticente, pero veraz.

C) ¿Cuáles son los problemas sobre el autor? Eusebio era el renombrado y veraz autor de la *Historia Eclesiástica*, el más sabio de la época, pero ya Schwartz había observado que el Libro X de la *Hist. Eccl.*, en su edición del 326 (Laqueur y Vincent Twomy prefieren hablar de Cuarta Revisión), ya no era propiamente historia, sino una panfletaria himnodia a Constantino. Se sabía de su romanofilia exaltada: el Imperio Romano era escatología presencializada (tuvo serios reparos sobre la canonicidad del *Apocalipsis*), y al quiliasta Papías, en una rarísima pérdida de sus estribos, le llama poco menos que imbécil (*ouk sphodra noetós*). Se conocían sus imperativos incoercibles: 1) su reticencia genética: «monstruo de circunlocución y elipsis», le llamó Moreau; 2) el rígido cliché del esquema de Menandro, en que vertió su eulogio; 3) la fobia antinicensa. De ahí la urgencia de componer en el verano de 337, muerto ya Constantino, un

libro admonitorio, vademécum y *exemplum principis*, ante la noticia de la amnistía y regreso de los atanasianos, que harían periclitarse todos sus esfuerzos. Un año antes, en el 336, había expuesto una teoría subordinacionista de raigambre helenística sobre el Emperador y el Imperio Cristiano, «imágenes» del Padre e Imperio Celestial, en «imitación» del Lógos Cristo por encima de la Iglesia. La *Vita Constantini* reflejaba la encarnación paradigmática de aquel emperador cristiano que vendría a ser el arquetipo del emperador del futuro. La obra, pues, comporta numerosas hipotecas.

Todo ello condujo en línea recta a desacreditar la obra. Se la sentenció de inauténtica, y cuando se demostró que toda ella era del puño y letra de Eusebio, se la declaró increíble. Es la reacción ante las malas noticias: primero se dice «no puede ser», después, ante la evidencia, «no debe ser».

En los siguientes apartados se irán desvelando las claves que facilitarán la comprensión de la *Vita Constantini Magni Imperatoris*.

II. VIDA DE EUSEBIO DE CESAREA

1. GUÍA CRONOLÓGICA Y LITERARIA

Entre 260 y 265	Nacimiento de Eusebio (y de Arrio).
27-fe.-272 (273)	Nacimiento de Constantino en Naïssus.
20-nov.-284	Acceso al poder de Diocleciano.
1-mar.-293	Proclamación de Constancio Cloro (padre de Constantino) y Galerio como césares.
293?-305	Constantino en el Este, en el ejército de Galerio, y en la corte de Diocleciano.

- Antes del 300 Eusebio compone las primeras ediciones de la *Chronica* y la *Historia Ecclesiastica* (7 primeros libros).
- 299 Purga de cristianos en los ejércitos del Este.
- Antes del 303 Eusebio escribe *Adversus Hieroclem*.
- 24-feb.-303 Primer Edicto de Persecución en Nicomedia.
- Pascua 303 Comienza la persecución en Palestina.
Trabaja y publica posteriormente la *Eisagoge general elemental, Propheticae eclogae* (= libros VI-IX de la *Eisagoge*) y *Secunda Theophania* (= libro X).
- 1-mayo-305 Abdican Diocleciano y Maximiano. Constancio y Galerio, augustos. Severo y Maximino proclamados césares. Constantino y Majencio, postergados.
- 25-jul.-306 Constancio muere en York. Constantino es proclamado emperador y pone término a la persecución en Galia, Britania e Hispania.
- 28-oct.-306 Majencio se hace con el poder en Roma.
- Inv.-306-307 Fin de la persecución en Italia y África.
- 308 Conferencia de Carnunto. Galerio y Licinio, augustos. Maximino y Constantino son césares.
- Fin ab.-311 Edicto de Tolerancia, de Galerio, poniendo fin a la persecución en el Danubio y Grecia. Al poco tiempo, muerte de Galerio.
- Ver.-oto.-311 Eusebio escribe (versión larga) *Martyres palestinaenses*.
- 312 Constantino invade Italia y derroca a Majencio (28 de octubre del 312).
- 313 Maximino ataca a Licinio durante la cumbre de Milán. Es derrotado hacia junio. Licinio finaliza la persecución en Asia Menor y Oriente (*Litterae* = «Edicto de Milán»).

- Fin. de 313 Eusebio publica una nueva edición de la *Hist. Eccl.* incorporando *Martyres* (versión breve) y el libro IX (relato sobre Maximino del 311 al 313).
- c 313 Eusebio es consagrado obispo de Cesarea.
- c. 314-318 Eusebio compone *Praeparatio evangelica*.
- c. 315 Nueva edición de la *Hist. Eccl.*, que incluye el actual libro VIII y X 1-7.
- 316-317 Primera guerra entre Constantino y Licinio (Guerra Cibalense).
- c. 318-323 Eusebio escribe *Demonstratio evangelica*. Surge la controversia arriana. Comienza una guerra de cartas entre obispos.
- Entre 321-324 Constantino pronuncia la *Oratio ad sanctorum coetum* (Tsalónica?).
- c. 322 Persecuciones esporádicas por Licinio.
- 324 Derrota y deposición de Licinio por la segunda guerra (septiembre). Constantino se hace monarca absoluto, y funda Constantinopla (8 de noviembre).
- Feb. 325 Osio preside un concilio en Alejandría.
- Mar. o ab. 325 Osio preside un concilio en Antioquía y es «excomulgado» Eusebio.
- Jun.-jul. 325 Concilio de Nicea. Durante las sesiones Eusebio escribe la *Epistola ad caesarienses* relatando sus dudas sobre el *homoioucion*.
- 325-326 Publica la cuarta revisión final de la *Hist. Eccl.*, la segunda de la *Chronica* y da comienzo a la *Theophania* (Conjetura de Barnes. Fecha tradicional: 337).
- 326-327 Eusebio preside un Concilio de Antioquía y se depone a Eustacio de Antioquía y Asclepas de Gaza y otros obispos niceanos. No es citado en la *Vit. Const.*

Entrado 327	Concilio de Antioquía para cubrir la sede vacante [<i>Vit. Const.</i> III 62,1]. Oferta a Eusebio disuadida por Constantino.
Dic.-327-en.-328	Concilio en Nicomedia («Segunda Sesión de Nicea», de Schwartz), en que se rehabilitó a Arrio, Eusebio de Nicomedia y Teognis.
17-ab.-328	Muerte de Alejandro, obispo de Alejandría.
8-jun.-328	Atanasio consagrado obispo de Alejandría.
11-mayo-330	Dedicación formal de Constantinopla.
c. 330	Eusebio trabaja en <i>Commentaria in Isaiam</i> y <i>Commentaria in psalmos</i> .
332-333	Campaña de Constantino contra los godos.
334	Concilio de Cesarea de Palestina, al que no asiste Atanasio. Campaña de Constantino contra los sármatas.
Jul.-335	Concilio de Tiro. Tricenalia.
Sep.-335	Concilio de Jerusalén. Dedicación del Santo Sepulcro. Discurso de Eusebio <i>Basilikòs Sýngramma</i> (= <i>De Laudibus</i> XI-XVIII).
6-nov.-335	Llegan a Constantinopla los «seis» acusadores de Atanasio, incluidos los dos Eusebios.
7-nov.-35	Atanasio sale deportado a Tréveris.
Verano 336	Concilio de Constantinopla. Deposition de Marcelo de Ancira. Muerte de Arrio (?).
25-julio	Eusebio pronuncia (conjetura de Barnes) el <i>Triakontaeterikós</i> (= <i>De Laudibus</i> I-X).
336-337	Campaña dácica de Constantino. Preparativos para la guerra contra Persia.
22-mayo-337	Muerte de Constantino. Eusebio comienza a escribir la <i>Vita Constantini</i> .
Verano 337	Interregno. Masacre de rivales dinásticos. Cumbre en Viminacio de los tres hijos de Constantino.

- 9-sep.-337 Constantino II, Constancio II y Constante, proclamados augustos.
- Sep.-337 Concilio de Constantinopla, en que Eusebio de Nicomedia es nombrado su obispo.
- 338 Eusebio de Cesarea escribe por encargo el *Contra Marcellum* y *Ecclesiastica Theologia*.
- 30-mayo-339 (?) Muerte y *dies depositionis* de Eusebio de Cesarea, dejando sin revisar la *Vita Constantini*.
- 339 Acacio sucede a Eusebio en su sede episcopal y publica la *Vita Constantini*. El 341 representa a Cesarea en los *Encaenia* del «Octógono» de Antioquía.

2. FUENTES

Acacio, discípulo de Eusebio, y que le sucedió en la sede episcopal y en la Biblioteca-taller de Cesarea de Palestina¹, escribió una vida y un catálogo de sus obras. Ese libro está perdido. Para rastrear su vida hay que acudir a las noticias dispersas y no benevolentes que dan Atanasio y las *Historias Eclesiásticas* de Sócrates, Sozómeno, Teodoreto y Jerónimo. Son de gran utilidad las *Actas del II Concilio de Nicea*² y las *Antirrhetica* del patriarca Nicéforo³, ambas en relación con la controversia iconoclasta. Naturalmente hay datos o confirmación de datos en las propias obras de Eusebio, pero la

¹ SÓCRATES, *Historia Ecclesiastica* II 4.

² Tuvo lugar en 787. El primero, el famoso Concilio Ecuménico de Nicea, celebrado en 325, no tuvo *Actas*, siendo apócrifas las *membranæ* mencionadas en el *Syntagma* de Gelasio de Cícico.

³ MANSI, XIII 317.

naturaleza del género y su propio carácter, maravilla triunfal de reticencia y circunlocución, «no nos enseña de él más que lo que le es imposible ocultar» (Moreau).

3. LOS PRIMEROS AÑOS

Entre los 137 Eusebios que cabe mencionar, nuestro autor fue y es conocido por dos especificaciones, de Cesarea y Eusebius Pamfili. Cuarenta Eusebios son contemporáneos, pero sobresalen Eusebio de Cesarea, y su conmlitón contra Atanasio, Eusebio de Nicomedia. No se conoce su lugar de nacimiento. En *Martyres* llama a Cesarea «nuestra ciudad», pero usa esta expresión cuando está redactando la obra; no es, pues, forzoso aplicarla a su lugar de origen. Sus contemporáneos le llaman Eusebio de Cesarea y Eusebio de Palestina, aunque normalmente es para identificar su sede episcopal. Como se solía escoger para el puesto a un nativo, y ya los datos indican que estuvo ligado a la escuela de Orígenes y de Pánfilo allí arraigada, como sabía el griego y el siríaco, pero no estaba muy bien versado en el latín, y como, finalmente, él mismo en la *Epistola ad Caesarienses* dice que fue adoctrinado en el credo de la ciudad, se puede admitir con probabilidad que era de Cesarea, o de su entorno. No obstante, es Pablo Metochita⁴, del siglo XIV, quien da por primera vez Cesarea como su lugar de origen. Esta ciudad existe desde el Imperio Persa, arracimada en torno a un puerto fortificado, «Torre de Estratón», un dinasta de Sidón. En el s. III era una ciudad de cien mil habitantes. Su población mixta no permitía el auge de cualquier minoría. Oficialmente pagana, las monedas acreditan un culto generalizado a Týche, pero contaba con una floreciente comunidad judía y otra

⁴ Cap. *Miscell.* 17.

samaritana que perduró hasta tiempos bizantinos. Pequeña, pero dinámica, existía también otra cristiana, quizás desde los tiempos apostólicos, pero no se atestigua ningún obispo hasta el 190, y sólo a mediados del s. III, Cesarea se convirtió en un lugar célebre de estudio, gracias a Orígenes, Pánfilo y Eusebio. En este medio cosmopolita un cristiano corría menos riesgo de sufrir hostigamientos paganos que de verse inmerso en la continua rivalidad con doctos y moralistas judíos⁵.

Con Lightfoot y Schwartz, hay que fijar su nacimiento en torno al 260. Nada se sabe de su familia. Arrio le llama «tu hermano en Cesarea», en carta a Eusebio de Nicomedia⁶, pero éste le llama maestro, expresión inadecuada para tal grado familiar. Nicéforo Calixto⁷ lo define como sobrino de Pánfilo, pero Eusebio nunca mencionó este parentesco con aquel de quien tomó el nombre. Focio (*EP* 73) lo supone liberto de Pánfilo, pero la manera como narra en *Martyres* (932, 9) el recibimiento que éste le hizo, excluye esta relación. Tampoco se puede conjeturar si era de familia judía o gentil. Lo cierto es que Cesarea fue su ciudad, aquí fue catequizado y asumió el credo local, que presentaría como prueba de ortodoxia en Nicea; aquí fue ordenado sacerdote por el obispo Agapio, cuyo afecto reconoció⁸. Pero fue Pánfilo quien más influyó en él. Este fenicio, estudiante en Alejandría, se instaló en Cesarea como presbítero; reunió en torno a la biblioteca que Orígenes le dejara una colección de textos que compitió con la de Alejandro en Jerusalén⁹. A juicio de

⁵ Cf. T. D. BARNES, *Constantine and Eusebius*, Harvard, 1982.

⁶ TEODORETO, *Historia Ecclesiastica* I 4.

⁷ *Hist. Eccl.* VI 32, 25.

⁸ *Hist. Eccl.* VII 32.

⁹ *Hist. Eccl.* VI 20.

Jerónimo, Pánfilo rivalizó en la recogida de libros con Demetrio Falereo y Pisístrato, y se dedicó a acopiar textos paganos.

La escuela fundada por Orígenes y continuada por Pánfilo se ocupaba en fijar el texto bíblico según el método de Orígenes, literal, somático o moral, y neumático o alegorizante (según Peterson, Eusebio no heredaría un «gusto exegético» irreprochable). Pánfilo tuvo en sus manos, si no los *Hexapla* o texto del Antiguo Testamento en seis columnas (texto hebreo, transliteración griega, versión griega del literalista judío del s. I Áquila, versión griega del ebionita del s. II Símaco, versión de los *Septuaginta* y la versión de Teodoción, preferida por los cristianos), sí los *Tetrapla* o la versión exclusivamente griega de Áquila, Símaco, *Septuaginta* y Teodoción. Estas dos obras son composición para uso personal que se hizo Orígenes. Éste marcó la escuela de Cesarea.

Eusebio participó en la labor de copia y enmienda, junto a Antonio y Porfirio, que morirían mártires con Pánfilo. Es frecuente la anotación «de Eusebio» en los escolios del *VT*. También se practicaba la traducción, como lo hacía del griego al arameo Procopio, el primer mártir de Palestina. Los años anteriores a las persecuciones debieron de ser los más placenteros de su vida. La casa de Pánfilo pudo ser una suerte de «rendez-vous» para los estudiosos cristianos, algunos de los cuales vivían habitualmente allí. El contacto políglota con los textos, la labor artesanal de copia, la intelectual de discusión y exégesis, la espiritual de oración y la camaradería entre compañeros de fatigas, creencias y esperanzas marcaron la formación de su madurez. Fue toda su vida un hombre de letras; pero también fue testigo de discusiones enconadas, de amarguras por ambiciones insatisfechas, de egoísmo y traición. En estos años contempló de lejos a Constantino, cuando

atravesaba Palestina en la comitiva de Diocleciano. Realizó viajes de estudios a Antioquía para escuchar a Doroteo, y a Cesarea de Filipo y Jerusalén para consultar la biblioteca de Alejandro.

En esta época de plácida calma y estudio, estalló la persecución del 303. Él siguió colaborando con Pánfilo en todas las tareas, incluso mientras éste estuvo detenido, cosa que tuvo lugar a partir del 5 de diciembre del 307. Con él, que estaba en prisión, compuso la *Defensa de Orígenes*. Decapitado Pánfilo en 309, Eusebio viajó por Fenicia, Egipto, e incluso Arabia¹⁰, acopiando información para su obra *Martyres Palaestineses*. En Egipto fue arrestado, pero tuvo una cautividad dulce. Mientras sus amigos eran aprisionados, mutilados y ejecutados, causa admiración su inmunidad, lo que no pasó inadvertido a sus contemporáneos y enemigos. Muchos años más tarde, veinticuatro desde que acabara la persecución, en el Sínodo de Tiro del 335, el tuerto obispo de Heracleópolis, Potamón, con quien estuvo breve tiempo detenido, se lo echó en cara en plena sesión¹¹, algo que repitió la *Carta Sinódica de Alejandría* de 338. Eusebio, ultrajado, se levantó y dejó la sala con aspavientos de víctima, mas sin ceñirse a los hechos. Lightfoot ve dignidad en no condescender a responder¹². Schwartz lo considera «una calumnia generalizada»¹³, y el mismo Atanasio, adversario de Eusebio, ni lo afirma ni lo desmiente. Stroth sugiere malignamente la posibilidad de que el temperamento excitable y violento de Potamón, y no la profesión valiente de su fe, fuera el responsable de la pérdida de su ojo en la persecución.

¹⁰ BARNES, *op. cit.*, pág. 148.

¹¹ EPIFANIO, LXVIII 8.

¹² *DChB* 311.

¹³ *RE*, VI, col. 1375.

Eusebio ha contado siempre con valedores entre los eruditos, pero el episodio es realmente «oscuro», y siempre penderá el interrogante sobre el martirio de Pánfilo y la indemnidad de su *alter ego* Eusebio.

4. EPISCOPADO HASTA NICEA

Tras el Edicto de Galerio (año 311), que no se publicó en Cesarea por ser de los dominios de Maximino (del 305 al 313)¹⁴, Eusebio tornó a escribir, pero de ello nada se sabe, ni siquiera después del 313, con la victoria definitiva de Licinio sobre Maximino. Su figura se yergue en la religión como en la política eclesiástica a partir del 324. Lo probable es que, venida la paz, accediera a la sede episcopal de Cesarea (año 313), tras Agapio. Con motivo de las *Encaenia* del templo de Tiro, edificado por su amigo Paulino, fue Eusebio invitado a pronunciar un discurso. En esta reunión de obispos él habla como un par. Hasta su muerte fue el obispo de Cesarea de Palestina, pese a la oferta de la sede de Antioquía en 327.

En una fecha incierta a partir del 318, brotó la controversia arriana. Por Teodoreto¹⁵ sabemos que, en la consideración de Eusebio de Nicomedia, Eusebio fue un temprano paladín de Arrio. Eusebio de Cesarea no era *sylloukianista* (perteneciente y alumno de la escuela de Luciano de Antioquía), como Eusebio de Nicomedia, Arrio y Asterio, pero recordando la historia de Orígenes, y sus propias convicciones, no pudo ser neutral.

¹⁴ Su única reacción fue una nota verbal a Sabino, en el sentido de no forzar la situación.

¹⁵ *Hist. Eccl.* I 5.

El estallido arriano se produjo en la rica capital de Alejandría, brillante centro de cultura, que había desplazado a Atenas. De antiguo tiene una floreciente comunidad cristiana, que gobierna todo el Egipto y Libia. Su escuela teológica, desde Clemente y Orígenes, ha eclipsado a las viejas sedes de Siria y Asia Menor. Esta inquietud intelectual, unida a la ferocidad de su carácter, podía desembocar en francas herejías. El caso de un presbítero, Arrio, contradiciendo a su obispo, Alejandro, no es infrecuente. Lo que hizo grave la rebelión de Arrio fue: primero, el hecho de que atacó a la Cristiandad en su verdadera base, atentando contra las doctrinas de la Trinidad y la divinidad de Cristo; segundo, que substituyó la verdad revelada por métodos y principios filosóficos, y tercero, que el apoyo de obispos foráneos exacerbó y extendió el conflicto surgido entre los años 318 y 320.

La narración más detallada de los hechos, sin cronología absoluta, procede de Sozómeno, que utilizó una obra, hoy perdida, del semiarriano Sabino¹⁶.

Arrio, de Libia, personaje adscrito a la Iglesia de Alejandría, estuvo implicado en el cisma meleciano en la época del episcopado de San Pedro de Alejandría y durante la persecución de Diocleciano y Galerio (303-311). En efecto, como ocurriera en Numidia con los donatistas, en Alejandría surgió la polémica sobre el ingreso de los *lapsi* en la Iglesia. Pedro de Alejandría defendía la misericordia, en tanto que Melecio de Licópolis extremaba el rigorismo como lo hiciera Donato a Casis Nigris. Arrio se sumó a los discípulos de Melecio, que, excluido por el patriarca Pedro, instauró una iglesia cismática, en cuyos edificios colgaba el rótulo «Iglesia de los

¹⁶. Cf. P. BATIFFOL, «Sozomène ou Sabinos», *Byz. Zeits.* 7 (1898), 265-284.

Mártires», en tanto que en las iglesias de Pedro se leía «Iglesia Católica». Arrio cambió varias veces de partido. Alejado de Melecio, fue hecho diácono por Pedro, pero se separó de él cuando éste prohibió a los melecianos incluso bautizar. Reconciliado con su sucesor Áquila, fue hecho presbítero. Alejandro, sucesor de Áquila, lo tuvo en estima, y le encargó la parroquia de Baukalis (así llamada por su forma de botella). De carácter grave y ascético, docente práctico, hábil dialéctico y avezado maestro del lenguaje, gozó de prestigio, sobre todo entre las vírgenes y devotas¹⁷. Arrio enseñaba su doctrina, y posiblemente no habría estallado el escándalo si los melecianos, con el odio de partido hacia el desertor, no lo hubieran denunciado a Alejandro. Éste no tuvo más remedio que intervenir, y Arrio no pudo hacer otra cosa más que apelar a sus compañeros de escuela, los colucianistas. Discípulos éstos de Luciano de Antioquía, mártir de Maximino, constituían un cenáculo intelectual, pagados de sí mismos y del empleo sistemático de las categorías aristotélicas. En una contienda entre la Teología del Lógos (o el estatuto metafísico de la segunda persona de la Trinidad) y el monarquianismo (sabelianismo, en su versión radical), en que una buena analogía valía como un argumento, Gwatkin dirá que Arrio era incapaz de entender una metáfora.

Colucianistas fueron Eusebio de Nicomedia, Segundo de Ptolemaida y Teonás de Marmárica (únicos que no aceptaron la fórmula de Nicea) y el converso y *lapsus* Asterio. Eusebio de Cesarea no lo fue; se mantuvo origenista, al lado de Pánfilo, heredero de Orígenes.

¹⁷ EPIFANIO, *Panar.* 68-69.

La dogmática de Arrio es sencilla hasta el extremo, clara hasta la transparencia, y al mismo tiempo seca y enteca como una fórmula lógica¹⁸.

Para el colucianista Arrio sólo el Padre es Dios; Él sólo inengendrado, eterno, sabio, bueno, inmutable. Se halla separado del hombre por un infranqueable hiato, y no hay posible mediación entre ellos. Dios no puede crear al mundo directamente, sino a través de un agente, el Lógos, él mismo creado para crear el mundo. El Hijo de Dios es pre-existente al tiempo y al mundo (*pro chrónōn kai aiōnōn*), y a toda criatura (*prōtótokos pásēs ktíseōs*), un ser intermedio entre Dios y el mundo, la perfecta imagen del Padre, ejecutor de su pensamiento, creador del mundo de la materia y del espíritu. En sentido metafórico, puede llamársele Dios, Lógos, Sabiduría (*theòs, lógos, sophía*). Empero es una criatura (*póiemā, ktísma*), la primera criatura de Dios a través de la cual todas las restantes criaturas salieron a la existencia. No está hecho de la esencia del Padre (*ek tēs ousías*), sino de la nada (*ex ouk óntōn*), por lo que a los arrianos se les llamó exucontianos, o de la voluntad del Padre antes de todo tiempo concebible, pero en el tiempo. No es eterno y, por ende, «hubo un tiempo en que él no era» (*ēn pote hôte ouk ēn*). Ni es inmutable, sino sujeto a las vicisitudes del ser creado (*treptós phýsei hōs ta ktísmata*). En este punto Arrio cambió, aseverando la inmutabilidad del Hijo (*analláiotos, átreptós ho huiós*), a reserva de mantener la distinción entre inmutabilidad moral y física: el Hijo por naturaleza es mutable, pero por un acto de su voluntad es moralmente inmutable. Con la limitación de su duración están emparejadas las limitaciones de su sabiduría, poder y conocimiento.

¹⁸ Cf. A. SPASSKII, *Istoriia dogmaticheskikh dvizhenii v epokhu vse-lenskikh soborov*, 1914 (reimp. Gregg, 1970), pág. 169.

En la «Thalia», Arrio dice expresamente que el Hijo no conoce perfectamente al Padre y, por ende, no puede revelarlo perfectamente. Es «esencialmente diferente» del Padre (*heteroousios tō Patrí*), en oposición a la fórmula nicena «consubstancial con el Padre» (*homousios*), a la posterior semiarriana «de esencia semejante» (*homoiousios*, con la famosa yota diacrítica) y a la anomea «no semejante» (*anómoios*). En cuanto a la humanidad de Cristo, Arrio le adscribió un cuerpo humano con un alma animal (*psychè álogos*), no racional (*noûs, pneûma*).

¿Por qué Arrio se adentró en una vía inédita en la tradición teológica? La respuesta está en sus premisas aristotélicas. Los teólogos de la Iglesia entendían la esencia divina de la manera más abstracta y huían de aplicarle cualquier tipo de diferenciación concreta para no menoscabar su simplicidad. Ciertamente que Dios es la plenitud de todas las cualidades absolutas, pero existen en él, ideal y potencialmente, y no se exhiben al exterior, pues la presencia real en Dios de un género diferente de cualidades arruinaría la simplicidad. De otra parte, Dios no sería la esencia más perfecta si las cualidades superiores quedaran en pura energía potencial. Él no sería omnipotente si la omnipotencia se pensara sólo en la posibilidad y no compareciera en la efectividad. Como realización y portador aparece la segunda hipóstasis divina, el Hijo. Ésta es la expresión concreta de la esencia divina, la realización de sus propiedades, sin la cual Dios sería como mente sin pensamiento, fuerza sin energía. La concepción de la divinidad como ente abstracto ajeno a todas las determinaciones creó la base firme para la doctrina del Lógos-Hijo de Dios, exteriorización hipostática y real de la Divinidad. Ésta era la concepción de Alejandro contra Arrio¹⁹.

¹⁹ SÓCR., I 6; TEOD., I 3.

Para Arrio todos los razonamientos de este jaez no tenían sentido. Apropiándose del punto de vista aristotélico de que la existencia real pertenece exclusivamente a lo particular e individual, Arrio entendía la existencia de Dios concretamente, es decir, concebía las propiedades como realmente existentes en Él desde la eternidad. Su Dios posee siempre y realmente en Sí su propio Lógos y Sabiduría como su indefectible propiedad y fuerza interna, y no necesita de un portador subalterno de sus cualidades, porque Él las constituye plenamente. Como para Alejandro era impensable decir que Dios, alguna vez, estuvo sin Hijo, sin su Sabiduría y Lógos, igualmente para Arrio sería absurdo afirmar que junto a Dios, que tiene su Lógos particular, existiera otro hipostático y coeterno con Él. Habría dos esencias y, por ende, dos dioses.

Eusebio de Cesarea, el ecléctico, sostiene un monoteísmo sin compromisos, y hace «substancial» la generación del Hijo, que implica coeternidad, pero «antes del tiempo», que es un concepto temporal. Su concepción del Lógos es netamente subordinacionista. O desde un punto de vista cosmológico se abandona la igualdad de Padre e Hijo (lo hizo Arrio), o desde la soteriología del Evangelio se abandona la subordinación del Hijo (lo hizo Alejandro). Eusebio no escogió.

Por su parte, los teólogos encontraron contradictoria la tesis de Arrio de un Creador creado que existe antes del tiempo. No puede haber punto medio entre el Creador y la criatura; no puede haber un tiempo antes del mundo, pues el tiempo es parte del mundo, o la forma bajo la cual él existe sucesivamente; ni puede mantenerse la inmutabilidad del Padre, en lo que Arrio ponía gran énfasis, excepto sobre la base de la eternidad de su Paternidad, que, evidentemente, implica la eternidad de la Filiación.

Las raíces del conflicto arriano se hallan en las diversas formas de entender el Lógos, de lo que es responsable Orígenes, por lo que unos y otros se proclamaron sus seguidores. Por un lado, Orígenes atribuía eternidad y otros atributos divinos a Cristo, lo que conducía a la identidad de esencia y «ante litteram» al término *homooúsios* niceno; pero por otro lado, al rehuir la consubstancialidad por materialista y la generación por animalista, hizo énfasis en la esencia separada y en la subordinación del Hijo al Padre, llamándole «dios segundo» (*déuterós theós*, o *theós* sin artículo). Enseñó la eterna generación del Hijo de la voluntad del Padre, pero la representó como la comunicación de una substancia divina secundaria. Acuñó las tres «hipóstasis» divinas (realidades individuales), pero no aclaró la del Lógos.

La controversia degeneró en una guerra de sutilezas (misma esencia o esencia semejante, con una yota en griego que distingue los términos), sin corazón y estéril. Teológicamente, sus puntos graves son el dogma racionalísticamente concebido de la absoluta sublimidad del Ser divino y la radical oposición a identificar con este Ser al Lógos creador y encarnado: o dos dioses o un Dios crucificado²⁰. Los dieciocho o más credos que el arrianismo o el semiarrianismo produjo entre los dos concilios ecuménicos (325-381) «son hojas sin flor, ramas sin fruto»²¹. Filosóficamente, el Lógos ha sido degradado al demiurgo de los filósofos, el «dios segundo», mediador entre Dios y mundo; el arrianismo, decía Gwatkin, era «pagano hasta el tuétano»²².

²⁰ E. SCHWARTZ, *op. cit.*, 119.

²¹ J. B. LIGHTFOOT, «Eusebius of Cesarea», *Dictionary of Christian Biography*, III 1, 1880, cols. 308-348, pág. 156.

²² VICTOR C. DE CLERQ, *Ossius of Corduba*, Washington, 1954, página 192.

En fecha indeterminada, Alejandro, tras debates públicos sin éxito conciliador, celebró un sínodo local, y se pidió a Arrio que se explicara; sus adversarios le redarguyeron y Alejandro le prohibió explicar su doctrina²³. Como Arrio se negara a obedecer y ganara más adeptos, Alejandro convocó un sínodo para todo Egipto y Libia en el que Arrio fue condenado y excomulgado²⁴.

El período subsiguiente a la condenación estuvo marcado por la actividad partidaria. Arrio dejó Alejandría y se dirigió a Cesarea de Palestina, donde lo recibió con gozo nuestro Eusebio de Cesarea. Ambos escribieron cartas a otros obispos contra Alejandro: Eusebio de Cesarea a Eufrentión de Bala-neá y Arrio a Eusebio de Nicomedia, colucianista como él, que lo acogió en su diócesis y fue desde entonces su valedor. Éste escribió cartas a otros obispos, celebró un sínodo en Bitinia con una profesión de fe de Arrio²⁵. Alejandro, el patriarca de Alejandría, en frenética actividad, escribió un sinnúmero de cartas describiendo el conflicto (incluso a Roma, en tiempos del papa Liberio; esta carta fue descubierta en 375). Los partidarios de Arrio, activos también, celebraron otro sínodo en Palestina, dirigido por Eusebio de Cesarea, Paulino de Tiro y Patrófilo de Escitópolis. Pese a su falta de legitimidad jurisdiccional, otorgaron permiso a Arrio y sus secuaces para regresar a sus funciones en sus destinos. A partir de Schwartz se acepta que regresaron a Alejandría, donde las violentas discusiones trascendieron a la ciudad.

Las fuentes no indican dónde supo Constantino del conflicto de Alejandría, para enviar a Osio. La *Vit. Const.* II 67,

²³ SOZÓMENO, *Hist. Eccl.* I 15; SÓCRATES, *Hist. Eccl.* I 6; EPIFANIO, *Panarion* 69, 3.

²⁴ SOZÓM., *Hist. Eccl.* I 15-16; «Epistola Liberii ad Constantium Imp.» 4, en *Collectanea Antiariana Parisina* A. 7. Ed. Feder, *CSEL*, 65, 91-92.

²⁵ EPIFANIO, 69, 7; ATANASIO, *De Synodis* 16.

2, y 67, 1, podría insinuar que Constantino no sabía nada antes de vencer a Licinio y conquistar el Oriente, pero bien puede ser una exageración retórica; pudo enterarse en Tesalónica, en 323 y 324, antes de la campaña. La presencia allí está atestiguada por el *Codex Theodosianus* y el *Anónimo Valesiano*. Según Opitz, Schwartz y Seeberg, la carta de Alejandro, *Hē philarchos*, no fue para Alejandro de Bizancio, como sostiene Teodoreto de Ciro²⁶, sino para Alejandro de Tesalónica, sede metropolitana macedonia que pertenecía al Occidente. Alejandro de Alejandría buscaría influir en Constantino, que estaba preparando la expedición contra Licinio. Vencido el enemigo y establecido Constantino en Nicomedia, pudo hallar la confirmación en el obispo de la ciudad y defensor de Arrio, Eusebio de Nicomedia. Éste estuvo asociado a Licinio en principio, y por su hermana Constancia no se tomaron contra él represalias, mas, tras el concilio, Constantino no dejó de recordar sus connivencias políticas con Licinio²⁷. La versión de los hechos que Eusebio de Nicomedia le ofreció podría haber sido calculadamente ambigua, de lo que se resiente la Carta a Arrio y Alejandro, al equiparar Constantino a ambos²⁸. Constantino descubriría el engaño después de Nicea.

Tras el viaje por mar, el ya septuagenario Osio llegaría a Alejandría en noviembre del 324. Sus primeros contactos fueron con Alejandro y con el joven diácono Atanasio, generándose entre él y éste un afecto recíproco duradero. Al final de su vida, a los cien años, el exilio y la tortura vencerán a Osio, pero no tanto como para firmar algo contra su amigo Atanasio²⁹. En una reunión con obispos y

²⁶ *Hist. Eccl.* I 4.

²⁷ *Ep. ad Ecclesiam Nicomed.* 9; GELASIO, *Hist. Eccl.* III Ap. I.

²⁸ *Vit. Const.* 70.

²⁹ *Hist. Arian.* 45.

clérigos leería la carta de la que era portador y por las conversaciones se percataría del alcance de la disputa, y a un occidental como él le sonaría a blasfemia el aserto de que Cristo fue creado de la nada, como ya sonó (260) entre los dos Dionisios³⁰. Constataría el acuerdo entre la fe de Occidente y la acérrimamente defendida por Alejandro, y buscaría el verdadero sentido de la terminología trinitaria, como los conceptos *ousía* e *hypóstasis*³¹. Equívocos sobre estos conceptos demoraron siempre la adhesión a la ortodoxia. Para Occidente, *ousía* e *hypóstasis* eran lo mismo; para Oriente, la *hypóstasis* designa las propiedades de cada una de las tres personas de la Trinidad; por ello, cuando el papa Dionisio Romano condenaba a los que defendían tres hipóstasis en la Trinidad, a los orientales les sonó a sabelianismo, pues parecía como si en ella hubiera un *totum revolutum*, sin distinción de propiedades entre las tres personas. Indudablemente se hablaría del término clave *homooúsios*, del que ya se hablaba en la *Apología* enviada por Dionisio de Alejandría a Dionisio de Roma. El alejandrino confesaba no haberlo encontrado en las Escrituras (lo mismo dirían los arrianos, un argumento de gran calado en tema tan decisivo), pero que estaba conforme con él³². Según Filostorgio, antes del Concilio de Nicea, en Nicomedia, Alejandro y Osio acordaron declarar al Hijo *homooúsios* con el Padre, y excomulgar a Arrio³³. Debió de presidir un sínodo de obispos egipcios: la única mención a él se halla en la carta del clericado de Mareótide al Concilio de Tiro en 335, y en otra de los

³⁰ DIONISIO ROMANO, «Epist. ad Dionysium Alex.» 2, en ATAN., *De Decret. Nicaen. Synod.* 26.

³¹ SÓCR., *Hist. Eccl.* III 7.

³² ATAN., *De sent. Dion.* 18.

³³ FILOSTORGIO, *Hist. Eccl.* I 7.

misimos a los funcionarios egipcios³⁴. La cuestión se propondría en Nicea: en ella, Osio habíá fracasado, e informaba de la situación por escrito, o personalmente en Nicomedia, al Emperador.

De regreso de Alejandría, Osio presidió un sínodo en Antioquía a principios del 325 (tesis de Brilliantov aceptada por Schwartz). Según la Carta Sinódica de Antioquía, la Iglesia estaba muy perturbada por la cizaña de disputas doctrinales y no se veía solución, pues Licinio habíá prohibido los sínodos. A la muerte de Filogonio, vacante la sede, y en medio de la confusión, un obispo de paso por la ciudad, Osio (Eusebio en las crónicas siríacas por mala lectura, como demostró Brilliantov), convocó un concilio para elegir sucesor. Se reunieron 56 obispos de Siria, Palestina, Arabia, Cilicia y Capadocia, y eligieron a Eustacio (la carta no menciona la elección del obispo y, en rigor, un obispo transeúnte está inhabilitado para convocar un concilio sin permiso del metropolitano. Eustacio, signatario de la misma, debió de ser elegido en ese sínodo). Los padres sinodales aprovecharon la ocasión: proclamaron su acuerdo con Alejandro de Alejandría e hicieron una profesión de fe concorde con la de él. Tres miembros, Teódoto de Laodicea (a quien escribirá Constantino personalmente), Narciso de Neronias y nuestro Eusebio de Cesarea, rehusaron adherirse. Fueron entonces excomulgados y depuestos, pero se les dio un plazo hasta el gran Sínodo de Ancira. En una noticia histórica, añadida a la carta sinódica, se dice que una carta similar se envió a Roma y a Italia, y que respondieron aprobando la fórmula y los cánones.

El Sínodo de Ancira sería propuesto por Osio a sugerencia de Alejandro, según Epifanio y Filostorgio, y, según Rufino,

³⁴ ATAN., *Apol. contra Arian.* 74-76.

a propuesta de otros presbíteros; en realidad, la idea de un concilio flotaba en el aire³⁵. Durante las sesiones llegó la carta de Constantino (*Cod. Par. Syr.* 22), trocando Ancira por Nicea y dando los motivos de ello: mejor clima y mayor facilidad de acceso.

5. EL CONCILIO DE NICEA (325)

Tuvo lugar en esta pequeña localidad de Bitinia, circunscripción de Eusebio de Nicomedia, y se inauguró solemnemente el 20 de mayo del 325. Está confirmado por *CTH* I 2, 5, que está fechada allí.

Eusebio, en un pasaje célebre³⁶, hace una descripción antológica de la apertura, de sus participantes, con los tonos épicos de un catálogo homérico de las naves, de la entrada de Constantino, de su discurso de bienvenida, así como del de acogida por Osio³⁷, y de su desarrollo en los términos más bombásticos. Presidía Constantino, siendo Osio el *factotum* de la asamblea de los «318 padres sinodales».

Cuatro fueron los temas capitales de que se ocupó el Sínodo: la formulación del *Credo Nicenum*, el problema pascual, el asunto de los melecianos y de la comunidad de Coluto, y los veinte cánones disciplinares. Pafnucio, además, defendió el matrimonio de los clérigos, pero es apócrifa la noticia del debate con filósofos paganos.

Prestada la palabra a los proedros, estalló la discusión de un modo bochornoso. No es exacto que Arrio «*evocabatur*

³⁵ G. BARDY, en FLICHE-MARTIN, *Histoire de l'Église* III 80.

³⁶ *Vita Const.* III 10 ss.

³⁷ *Vid.* nota en III.

frequenter...»³⁸ para despachar consultas, pero en los preliminares³⁹ discutiría con el diácono Atanasio. Sus tesis eran defendidas por veintidós obispos⁴⁰. Durante el debate se aducirían textos contrarios: la Carta de Eusebio de Nicomedia a Paulino de Tiro (ambos arrianos), texto básico que Cándido tradujo al latín, y fragmentos de *Thalia* de Arrio por un lado; por otro, la carta *Henòs sōmatos* de Alejandro de Alejandría, y la *Carta Sinódica* del Concilio de Antioquía, celebrado poco antes. Atanasio refiere que los arrianos hablaban entre sí con guiños y cuchicheos. El portavoz arriano Eusebio de Nicomedia planteó la aporía⁴¹: Si Cristo es derivado del Padre, no por creación, sino por generación, es que es de la misma naturaleza. Esto forzosamente implica que la mónada divina se ha escindido en dos. Tal tesis se oyó con horror, y se condenó, pasando a los *anathémata* del Credo. La dificultad, como siempre, surgió a la hora de redactar la fórmula. Eusebio de Cesarea adujo el credo de su ciudad, que se aceptó como acorde a la fe común, pero no bastó, aunque quedó libre de sospecha. Se descartó componerla sólo con citas escriturísticas: su expresión vaga había servido para que los bandos enfrentados usasen los mismos textos y se descarriaran en metáforas. Lietzman demostró que se usó el credo de Jerusalén, pero con la adición de *ek tēs ousías tou patrós* («de la substancia del Padre») y *homooúsios tō patrí* («consustancial al Padre»). En la desazonada y clandestina carta «ad Caesarienses», sus feligreses, Eusebio de Cesarea afirma que Constantino introdujo el término *homooúsios* a la fuerza, pero con todas las explica-

³⁸ RUFINO, *Hist. Eccl.* I 1.

³⁹ SOZÓMENO, *Hist. Eccl.* I 17.

⁴⁰ FILOSTORGIO, *Hist. Eccl.* I 8a.

⁴¹ EUSTACIO, Frag. 32.

ciones. La iniciativa sobre el Credo y el término, según testimonio de Atanasio ⁴², se debe a Osio (Filostorgio sostiene que el credo fue antes amañado por Osio y Alejandro). El término tiene raigambre gnóstica, y en la disputa entre Dionisio de Roma y Dionisio de Alejandría éste lo aceptará *pro bono pacis*, pero como «substancia genérica». Era aborrecido por los arrianos, y Ambrosio ⁴³ afirma que los responsables de la introducción fueron los arrianos por haberlo sacado a colación: los padres sinodales no encontraron mejor medio que confirmar lo que aquéllos rechazaban: «quia id viderunt patres adversariis esse formidini ut tamquam evaginato ab ipsis gladio». Todos los asistentes firmaron, a excepción de los libios Segundo de Ptolemaida y Teonás de Marmárica, que fueron desterrados al Ilirio, en la primera condena civil emanada de un concilio.

Pervive hasta nuestros días la fórmula que redactara el gran Sínodo de Nicea, integrado por «idiotas y simples» (*idiōtas kai apheleĩs*), como los calificó Sabino de Macedonia, contra las protestas de Sócrates ⁴⁴.

6. DESDE NICEA HASTA 327. LA REACCIÓN

La conducta posterior de Eusebio contradice absolutamente la satisfacción que trasluce la *Epistola ad Caesarienses*, una vez disipadas las vacilaciones del *homooúsios*, y el ánimo conciliador que dimana de la *Vit. Const.* III, 25 y siguientes.

⁴² *Hist. Arian.* 42.

⁴³ *De Fide* 3, 15.

⁴⁴ *Hist. Eccl.* I 8.

Eusebio se embarcó, *sic et simpliciter*, junto con su homónimo Eusebio de Nicomedia, en una conspiración para derrocar a sus adversarios cosignatarios del *Credo Nicenum*, uno por uno, o en masa. Los dos prohombres que en la fase inicial habían contrarrestado los golpes, no estaban ya en escena. Osio de Córdoba dejó el escenario oriental el 326; Alejandro de Alejandría moriría pronto. Atanasio se vio en principio absorbido por la represión de los melecianos en el interior de Egipto.

Constantino, por su parte, se vio cercado por dos círculos, uno, el de las mujeres de la Corte, con no poca influencia: su mujer Fausta, que tuvo algo que ver con la muerte de Crispo; su madre Elena, devota de Luciano de Antioquía y con simpatía hacia los colucianistas, léase arrianos⁴⁵, y que también pudo tener una parte vindicativa en la muerte de Fausta; Constancia, su hermana y viuda de Licinio, que tenía amistad con Eusebio de Nicomedia⁴⁶; su cuñada Basílina, que favorecía a los arrianos⁴⁷. En el lecho de muerte (año 330), Constancia recomienda, influida por su confesor arriano Eusebio de Nicomedia, la rehabilitación de Arrio⁴⁸. El otro círculo era el eclesiástico. Una vez que colocó en el centro de sus intereses los asuntos intraeclesiales, había equiparado «de facto» a obispos y clérigos con funcionarios de la administración y sólo el equilibrio interno de poderes dictaba ya un tenaz apoyo al credo niceno, ya a la línea contraria. La situación era óptima para que los dos Eusebios pensaran una serie de actos, *prima facie* aislados, pero insertos

⁴⁵ FILOSTORGIO, *Hist. Eccl.* II 12.

⁴⁶ RUFINO, *Hist. Eccl.* I 9.

⁴⁷ ATAN., *Hist. Arian.* 5, 6.

⁴⁸ Según RUFINO, SÓCRATES, TEODORETO y SOZÓMENO, en, respectivamente, *Hist. Eccl.* I 12, I 25, II 2 y II 27.

en una trama concebida de conjunto, que daría sus frutos. De hecho, la fórmula de Nicea no contentó a los arrianos, firmantes o no, ni a los origenistas moderados (Eusebio de Cesarea) por temor al monarquismo sabeliano rampante; y daba que sospechar el vigoroso aplauso de extremistas como Marcelo de Ancira y Eustacio de Antioquía. Alejandro de Alejandría no usa jamás el *homooúsios*, y Atanasio, muy poco.

Pero Constantino no fracasó porque impusiera imperativamente (que no lo hizo) opiniones teológicas, sino por lo contrario. Sobreestimaba demasiado a los obispos como expertos para no contar en todo con la celebración de un concilio. El resultado fue el fracaso de Nicea, como ya lo había tenido con el de Arlés (el año 314) con los donatistas. La intención de que no hubiera vencedores ni vencidos le movió a introducir un término que en Oriente no se utilizaba por las añejas connotaciones negativas, *homooúsios*, en la suposición de que, al no ser propuesto por nadie, todos lo aceptarían como compromiso neutral. No fue así. Constantino fracasó al no librarse de su costumbre de no dar la razón a nadie en particular, y de creer que los obispos se hermanaban en los concilios. El período 325-337 ofrece un cuadro desolador de deposiciones por vindictas personales.

Cuando el concilio se dispersó, Eusebio de Nicomedia y Teognis de Nicea se creyeron a salvo del plazo otorgado para firmar el *anáthema* contra Arrio, y se comunicaron con malcontentos de Alejandría. Constantino lo consideró un atentado a la frágil unidad de Nicea y los desterró, dando cuenta por escrito a Nicomedia, pidiendo que se ocuparan sus sedes y ensartando una tediosa pero significativa ristra de crímenes de Eusebio de Nicomedia: de apoyar a Licinio cuando perseguía a la Iglesia, de haber espiado a Constantino al servicio de su señor Licinio, de haber soliviantado a Arrio

nismo, mientras protestaba del de Marcelo de Ancira, parecen fortalecer una cierta base para la acusación. En el año 327 en un concilio celebrado en Antioquía bajo la presidencia de Eusebio de Cesarea se le depuso⁵⁴. El mismo Constantino revisó el caso y confirmó el veredicto. Eustacio partió para el Ilírico y no se volvió a oír más de él. En el mismo concilio se depuso al niceano Asclepas de Gaza, probablemente por los mismos motivos, así como a Eufrentión de Balanea (a quien Eusebio de Cesarea escribiera defendiendo a Arrio), a Cimacio de Paltos, Cimacio de Gabala, Carterio de Antarrado, Ciro de Beroea, Diodoro de Ténedo, Domnión de Sirmio, Elanico de Trípoli y Eutropio de Adrianópolis. Se dictaron 25 cánones⁵⁵ en un intento de precisar el rango del obispo, presbítero y diácono; se subraya la autoridad del metropolitano (c. 9), se prohíbe transferir un obispo de una sede a otra (c. 21), se prohíbe, en caso de muerte, nombrar sucesor (c. 23), y son particularmente interesantes los c. 11 y 12, que impiden a los obispos condenados acudir al Emperador. Éstos parecerían pensados para recurrentes en el futuro, como Atanasio.

Este concilio es silenciado por Eusebio en la *Vit. Const.* Ocupó la sede de Antioquía Paulino de Tiro, amigo de Eusebio, que duró pocos meses, y lo mismo su sucesor, Eulalio. Según la *Vit. Const.* III 59-62, se produjeron gravísimos disturbios callejeros y las masas reclamaban el regreso de Eustacio. Un *comes* destinado al efecto recompuso la situación.

Se celebró otro concilio en Antioquía que sí es mencionado en la *Vit. Const.* (III 60), y en el que se elige a Eusebio

⁵⁴ *Vita Const.* III 59, 4.

⁵⁵ MANSI, *Sacrorum Conciliorum nova et amplissima collectio*, París, 1901.

de Cesarea para la sede vacante (*ibid.* III 60, 3). Éste rehúsa tan altísimo honor y Constantino, recibidos los informes de los cómites Acacio y Estratego, escribe tres cartas, una de ellas al mismo Eusebio mostrando su complacencia por la negativa de Eusebio, y, al tiempo que elogiaba el responsable acatamiento de los cánones que prohibían cambiar de obispado (más eclesiástico que nadie), proponía al concilio otros: Sofronio, presbítero en Cesarea de Capadocia, y Jorge, presbítero en Aretusa. Elegido Sofronio, tras su temprana muerte, se eligió a Flacilo, amigo de Eusebio, a quien dedicaría un tratado teológico.

En 330, la sede de Antioquía era arriana y toda Siria simpatizaba con tal causa.

7. DESDE EL 330 AL CONCILIO DE TIRO

En este punto, se desarrollan extraordinariamente embrolladas dos secuencias de acontecimientos: los que giran en torno al súbito deseo de Arrio por unirse a la Iglesia, a finales del 327, y los avatares de Atanasio con la recidiva irrestañable del cisma meleciano. Eusebio de Cesarea permanece en aparente silencio, mas ambas consecuencias confluyen en los sínodos de Tiro (335), Jerusalén (335) y Constantinopla (336), donde la aparición fantasmal de Eusebio en el grupo de los «seis» revelará que, en la sombra, estaba al corriente de todo, y que desempeñaba un papel de primer rango.

Basado en una idea de Seeck, Schwartz, manejando un «*iter* epistolar» de ocho cartas dispersas entre los historiadores eclesiásticos, y la noticia en *Vit. Const.* III, 23, propuso una «Segunda Sesión» de Nicea entre 327 y 328, en la que se

imagen al hombre, quedó obligado a restablecer la *ananéosin*, la renovación. No bastaba la restauración fáctica al momento anterior de la caída: el hombre repetiría la transgresión aprendida. Tampoco bastaba la contrición; ésta sólo suprime el pecado, pero no la corrupción (*De inc.* 1). Era precisa la regeneración de toda la naturaleza humana a través de la unión con el principio divino. Para la salvación el Lógos se unió al cuerpo del hombre. La corrupción se hizo en el cuerpo; necesario era, pues, inyectar nueva vida (*De inc.* 44). El Lógos se revistió de la persona de Jesucristo, y se apropió de toda su carne; el Lógos está en él. Como en Adán todos los hombres cayeron, en Cristo todos los hombres participan de la Redención. El Lógos se hizo «cuerpo», para que los hombres *synsômoi*, «cocorpóreos», fuesen inmortales (*C. Ar.* II 47). La compenetración recíproca de los principios divino y humano ocurrida en Cristo dio como resultado la «deificación» (*theiōsis*). En Plotino también se da ésta, pero por *kátharsis* del espíritu. En Atanasio, más carnal, abarca al cuerpo. Hay un verdadero *theopoiēsthai* (*C. Ar.* III 33, 34, 37). La carne ya no es terrenal, sino *logōtheïsa*, transmutada en Lógos.

Las consecuencias de orden religioso son de relevancia suma. Sólo la divinidad puede realizar la «renovación», la «regeneración» de algo que está deificado. Si el Salvador es una «criatura» que procede de la nada, como declara Arrio, la verdad comunicada no es inconcusa sino mudable y relativa. Si el Hijo, como tal criatura, no conoce al Padre, como repetía Arrio, no se puede afirmar, como hace el Evangelio, que quien conoce al Hijo conoce al Padre (*C. Ar.* I 21). Arrio substrahe del Cristianismo su carácter absoluto y diastemático, y priva al hombre de sus aspiraciones últimas. «No se deificó el hombre, uniéndose el Lógos con la criatura, si el Hijo no hubiera sido verdadero Dios, y como no nos

liberamos del pecado y de la execración si la carne de la que se revistió el Lógos no hubiera sido por naturaleza humana, de igual forma, no se habría deificado el hombre si el Lógos, habiéndose hecho carne, no hubiera sido por naturaleza esencia del Padre, verdadero y propio Lógos» (C. Ar. II 70). Hay dos concepciones irreconciliables de la Encarnación: o se da un «*radicale novum*» de salvación y deificación, o Cristo es un maestro superior, sin más, de una simple filosofía, una de tantas en el siglo ⁶⁶. Cuando se discutía en las plazas y en los teatros, o, como relata Gregorio de Nisa, cuando a la pregunta por el precio de una hogaza se respondía «¿es el Hijo consubstancial al Padre?», había algo más que el goloso e incomprometido ocio de un Eusebio en su universitaria biblioteca de Cesarea, y que el irresponsable ergotismo de Arrio en cenáculos de damas. En una «época de angustia» (E. R. Dodds), con el horrible desamparo que describe Epicteto (III 13, 1-3), con bárbaros urbanizados, campesinos sin tierras en la ciudad, soldados licenciados y mutilados, rentistas en quiebra y esclavos manumitidos, la soteriología de Atanasio daba un sentido a la vida, y un respeto hacia sí mismo. El imperio y la especulación sobre él era irrelevante, según Atanasio, para la economía de la salvación. Todo contacto con el Estado sería una injerencia y una mistificación.

Eusebio de Nicomedia le escribió, instándole a que recibiera a Arrio y sus secuaces, en virtud del Concilio de Nicomedia. Atanasio rehusó, basándose en que había sido condenado en un concilio ecuménico, con lo que suponía gravemente que el de Nicea no podía ser superado. Eusebio de Nicomedia acudió a Constantino, quien urgió a Atanasio

⁶⁶ A. SPASSKII, *Istoria*, cit., 169-196.

tidarios los obispos del Alto Egipto. Presidía Eusebio de Cesarea, y Atanasio no acudió por el obvio motivo de que la decisión contra él estaba ya tomada: «eran más numerosos los enemigos»⁷¹. Los agentes de Atanasio descubrieron a Arsenio en el monasterio de Ptermenkurkis, en el nomo anteopolita. Su prior Pinnes lo dejó escapar por barco, pero los agentes de Atanasio apresaron a Pinnes y al monje Elios, y los condujeron a Alejandría. El eparca de Egipto, mediante tortura, descubrió la verdad. Pinnes escribió a Juan Arkaf, obispo meleciano de Menfis, instándole a que abandonara la acusación de asesinato contra Atanasio. La carta cayó en manos de éste. Un trivial incidente ayudó a resolver el verdadero problema de dar con Arsenio: dos sirvientes de Arquelaos oyeron en una taberna de Tiro que Arsenio estaba oculto en una casa. Indagado el asunto, fue descubierto un hombre que negaba ser Arsenio; pero por medio de Pablo, obispo, que lo conocía, como dice Tillemont «se le convenció de ser él mismo».

Los sinodales de Cesarea protestaron por la rebeldía de Atanasio. Éste había informado a Constantino, a través de Macario, de que Arsenio vivía. El Emperador disolvió el Concilio anulando cualquier veredicto (*Apol. Sec.* 66, 2), y le envió una carta pública que proclamaba su inocencia y denunciaba a los pervivaces melecianos. Atanasio recibió felicitaciones por doquier, hasta del influyente Alejandro de Tesalónica. Arsenio entró en obediencia, y a una carta de Juan Arkaf, Constantino le responde congratulándose de que él y los suyos estuvieran a bien con Atanasio, y le ofrece el *cur-sus publicus* para conversar con él. Los complicados acontecimientos del 333-334 parecían aquietarse. Pero redoblaron los ataques contra Atanasio, y esta vez con éxito. Eusebio de

⁷¹ TEOD., I 2, 5.

Nicomedia persuadió a los melecianos, a Coluto y a Arrio a que escribieran a Constantino solicitando un Concilio en Tiro⁷². El Emperador, harto del inveterado pleito, encarga al comes Dionisio que lo organice y presida. Macario, el hombre fuerte de Atanasio, es arrestado y llevado a Tiro, y Constantino escribe a Atanasio ordenándole que asista a la asamblea (*Apol. Sec.* 71, 2, 72). Embarcado, sintió la enorme aprensión de lo que se avecinaba.

La elección de la plaza de Tiro bien pudo obedecer, «según creo», dice Teodoreto, a las reservas que creaba Cesarea como lugar para ser reanudado su concilio disuelto el año anterior. Los obispos partidarios de Atanasio (*Apol. Sec.* 77, 1) alegaban que era un principio divino que el enemigo no puede ser, al mismo tiempo, juez y parte, añadiendo misteriosamente: «ya sabéis vosotros que Eusebio de Cesarea se ha hecho enemigo desde el año pasado». Posiblemente la vanidad de Eusebio no soportó el desaire de Atanasio al concilio que él presidía en Cesarea.

«Las escenas del Sínodo de Tiro constituyen el capítulo más pintoresco y vergonzoso de la controversia arriana»⁷³.

8. CONCILIO DE TIRO (335)

El mutismo de Eusebio es total en torno a este «pintoresco y vergonzoso» concilio de Tiro.

La primera sesión del Sínodo se abrió con la lectura de la carta anterior. Inmediatamente los adversarios de Atanasio

⁷² Id., I 28, 4.

⁷³ J. LIGHTFOOT, *Dict. of Christian Biography*, pág. 316.

siblemente habría que esperar lo peor⁷⁵. Un grito de horror se extendió. Teodoreto relata la escena: con toda la calma, Atanasio preguntó si entre los presentes conocía alguien a Arsenio. Cuando alguno le dijo que sí, hizo presentar a un hombre embozado con la cabeza baja, y preguntó: «¿Es éste Arsenio?». Era innegable. Teatralmente le sacó un brazo y después el otro. «Supongo que nadie pensará que Dios ha dado a algún hombre más de dos manos». Juan Arkaf, que estaba presente, salió de la sala, mientras sus sufragáneos exclamaban: «¡Magia!».

A continuación procedieron con el examen y las acusaciones del cáliz de Iskira. En medio del pandemonio se nombró una comisión de investigación para que saliera a la Mareótide. Contra las protestas de Atanasio se eligió a seis hombres cuya identidad predeterminaba el resultado de la pesquisa: Teognis de Nicea, Maris de Calcedonia, Teodoro de Heraclea, Macedonio de Mopsuetia, Ursacio de Singiduno y Valente de Mursa. A estos dos últimos Eusebio los llama (en *VE* IV 43, 3) «hermosa floración de su joven episcopado» (de Mesia), mientras que Atanasio en *Apol.* 13 dice que fueron instruidos por Arrio, degradados del sacerdocio, y después en Panonia hechos obispos «por su impiedad». Iskira acompañó a esta comisión en el *cursus publicus*. Los cuarenta y ocho sufragáneos de Atanasio enviaron dos cartas a Dionisio el «Comes» y a los obispos denunciando la composición de la comitiva y la palmaria enemistad de Eusebio de Nicomedia hacia Atanasio. Alejandro de Tesalónica, que ya había partido de viaje, escribió a Dionisio pidiéndole que hiciera algo que evitara la colusión de melecianos, colucianos y arrianos. Mientras los partidarios de Atanasio le presentaban una apelación al Emperador, Dionisio, alegando in-

⁷⁵ SOZÓMENO, *Hist. Eccl.* II 25, 7.

En la confesión había una expresión sonora que respetaba la preexistencia del Hijo, pero no figuraba «*homooúsios*», ni «coeterno con el Padre». Después de todo lo ocurrido, sus omisiones eran menos elocuentes que sus concesiones, y Constantino se dio por satisfecho. El Emperador nunca se percató de la trascendencia de lo que solicitaba al Sínodo.

En Jerusalén Marcelo de Ancira rehusó tratarse con Arrio y sus cómitres que estaban allí. El Concilio de Tiro allí trasladado lo amenazó con la deposición. Ya en Tiro había porfiado Marcelo en esta línea, y enviado a Constantino un tratado (del que hay fragmentos seleccionados en el «*Contra Marcellum*», que en 337 escribiera Eusebio), donde habla ya a cara descubierta, después de veinte años de luchas, y hace un feroz ataque a Paulino de Tiro (amigo de Eusebio de Cesarea), muerto ya, a Narciso de Neronias y al propio Eusebio, acusándolos de politeísmo. Constantino se abstuvo de entrar en pugnas teológicas, y se pospuso el caso Marcelo de Ancira para otro Concilio en Constantinopla, que se celebraría en 336. Los obispos tras las celebraciones regresaron a Tiro. Atanasio no podía esperar ya más, y quiso jugar su última baza, resuelto «a experimentar si el trono era accesible a la verdad»⁷⁷. Huyó con cinco sufragantes en barco a Constantinopla a primeros de septiembre para evitar la condena inminente *in praesentia*. Sócrates piensa que ni Atanasio ni la asamblea esperaron la llegada de la comisión, el uno para huir, la otra para atemperar su decisión a los resultados de la pesquisa. El Concilio lo condenó por contumacia cuando huyó, y lo depuso de su sede conforme a los cuatro cargos que redactaron tan pronto llegó la comisión.

⁷⁷ ED. GIBBON, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, III 73.

Cuando los padres sinodales a su llegada a Tiro advirtieron la huida de Atanasio, no les cupo duda alguna de que el destino era Constantinopla. La comisión investigadora llegó de la Mareótide con un informe que encontraba a Atanasio culpable. Lo depusieron de su sede y le prohibieron regresar a Alejandría. Recibieron a Juan Arkaf y sus secuaces melecianos, y probablemente colocaron en la sede de Atanasio al arriano Pisto, ordenado por el arriano Segundo de Ptolemaida. Se escribió a Constantino una declaración, y al episcopado advirtiéndole que cortara la comunicación con el depuesto. La declaración se basaba en cuatro cargos: 1) su huida y, por ende, su negativa a responder ante la comisión; 2) su rechazo a presentarse en el Concilio de Cesarea, el 334, lo que significaba desprecio al Emperador convocante; 3) su llegada a Tiro con una caterva de reventadores, y 4) la comisión había encontrado pruebas del cáliz quebrado⁷⁸.

Atanasio había huido de Tiro a principios de septiembre —lo más probable es que no asistiera a Jerusalén, y por tanto antes del regreso de la comisión de Egipto— y llegó a Constantinopla el 30 de octubre del 335. Constantino no estaba a la sazón en la capital sino en Nicópolis, pero llegó el 6 de noviembre. Mientras hacía el trayecto a caballo hacia su palacio, fue interpelado desde la multitud por Atanasio, que se hallaba en un estado lamentable. Constantino sintió lástima y escuchó el alegato de Atanasio que solicitaba un careo con sus enemigos ante su presencia. Constantino accedió y escribió urgentemente una carta a los que todavía creía reunidos en Tiro, mandándoles venir a toda prisa para decidir del caso *in praesentia*. Desconocía los acuerdos del Sínodo, pero los suponía oscurecidos «por el alboroto y la malevolencia»; la disputa había empañado la verdad. Jurídico-

⁷⁸ SOZÓMENO, *Hist. Eccl.* II 25, 15. *Textus Patrum Graecorum* (Migne).

camente quedaban anulados los acuerdos de Tiro, y la deposición de Atanasio, suspendida. Sócrates y Sozómeno suponen que la carta de Constantino llegó a Tiro, y los padres sinodales aterrorizados se dispersaron, a excepción de los seis hombres que fueron a Constantinopla. Lo más verosímil (se deduce de la carta sinódica de Alejandría del 338) y aceptado (es la tesis de Schwartz, Telfer, Peeters, Sansterre) es que nada más llegar la comisión de encuesta de la Mareótide y redactados los acuerdos, salieron con la máxima rapidez hacia Constantinopla, para atajar los pasos de Atanasio, Eusebio de Nicomedia, Teognis de Nicea, Patrófilo de Escitópolis, Ursacio de Singiduno, Valente de Mursa... y nuestro Eusebio de Cesarea. Cuando llegaron los seis hombres el día 6 de noviembre del 335, sólo unas horas después de que hubiera salido la carta de Constantino para Tiro, donde los suponía, comprendieron que ya no había lugar para presentar los acuerdos de la carta sinodal que traían consigo para mayor celeridad: en ella, en tono nunca conocido hasta entonces, reconocían al Emperador el derecho a juzgar de la ortodoxia de los clérigos.

Al ver que junto a Atanasio, contra todo lo imaginable, habían sido admitidos también cinco obispos egipcios, Adamanto, Anubión, Agatamon, Arbetrón y Pedro, y que ya no cabía aducir la encuesta de la Mareótide —asunto tedioso, viejo y desacreditado, como todo lo de Tiro, por la carta de Constantino—, recurrieron *in situ* a una acusación de tinte político, y que Constantino había demostrado en el pasado cortar de raíz del modo más expeditivo. Acusaron a Atanasio de sabotear el transporte de trigo a Constantinopla, un asunto vital. El fantasma de Sópatro, ajusticiado por algo similar, aleteó en la reunión. Atanasio respondió que cómo un hombre privado y sin recursos podía hacer algo semejante. Eusebio de Nicomedia afirmó bajo juramento que Atanasio

libros, cuyo prefacio se ha perdido. Pretende demostrar con el tratado que Marcelo es sabeliano, maneja torpemente la citación escriturística y abusa de prohombres respetables, como Asterio, Paulino de Tiro, Eusebio de Nicomedia, Narciso de Neronias, él mismo y Orígenes. En el segundo libro carga a fondo sobre tres tesis de Marcelo, que denotan un teólogo de altísimo vuelo.

La obra siguiente en tres libros, «*De ecclesiastica Theologia*», la ofrece a Flacilo de Antioquía. Marcelo ya estaba en Ancira, en la efectiva posesión de su sede recobrada. Con esta obra Eusebio prepara el ambiente para la última deposición, que tendrá lugar en un sínodo de obispos, el 339 o el 340, y partirá a Roma. Eusebio no dice nada nuevo, es repetitivo y tedioso, y nunca más crasamente subordinacionista. Al insistir en que el Hijo es hipóstasis diferente del Padre, acude a un símil de la vida ordinaria, creyéndose que por él se mueve en el mismo terreno metafórico que Marcelo había empleado. Dice Eusebio que el Hijo está en relación con el Padre como las estatuas oficiales extendidas por doquier lo están con el Emperador que gobierna. Metáfora por metáfora —el escultor en reflexión consigo mismo de Marcelo, y que dice «¡Ea!», y la estatua de Eusebio—, la analogía de Eusebio parece negar implícitamente la divinidad de Cristo. En Marcelo la *enérgeia* monádica se hace «operativa» (*drastiké*), la díada subsigue siendo divina. En Eusebio, empero, la estatua no podrá reclamar jamás la divinidad. Eusebio continuará siendo tendenciosamente criptoarriano.

Entre las muchas que según Johannes Lido compuso Constantino, Eusebio ha venido a escoger la *Oratio ad sanctorum coetum* como espécimen del pensamiento del emperador. La torpe terminología prenicena de esta obra de Constantino puesta tan en exergo quedó abolida en Nicea, lo que el mismo Constantino pone de relieve en la Carta a la

Iglesia de Nicomedia, de junio del 325, al debelar denodadamente el *chorismós*, la separación arriana entre Cristo y el Padre. Pero Eusebio no ha insertado esta carta crucial en la *Vita Const.* y añade como apéndice un discurso de ideología superada. Con ello se invita a que los lectores saquen sus conclusiones sobre la teología presuntamente subordinacionista de Constantino.

Se desconoce la fecha exacta de la muerte de Eusebio. Como fue discreto en no dar indicios de su nacimiento, también lo fueron sus contemporáneos al no reflejar en ningún lugar la fecha terminal del hombre más sabio de la época, aunque sólo fuera por el vacío que dejaba en tareas útiles a la Iglesia, al margen de la lucha partidaria. Murió en el anonimato de los superfluos aquel que creara la memoria histórica del Cristianismo con la *Historia Ecclesiastica* y los *Martyres* y que había propuesto una teología proyectando un futuro *Imperium Romanum Christianum*.

Hay que datar su muerte entre el regreso de Atanasio (fecha del salvoconducto, 17 de junio del 337. En esa fecha, presupuesta en la composición de los dos tratados anteriores, también había regresado Marcelo) y el 340, en que muere Constantino II en Aquileia, en guerra con su hermano Constante, descontento por el reparto de Viminacio. En el Sínodo de Antioquía convocado por Constancio II —con motivo de las Encaenia del «Octógono» iniciado por Constantino el Grande diez años atrás—, en el otoño del 341, y a iniciativa de Eusebio de Nicomedia (como réplica al de Roma convocado por Julio), Eusebio de Cesarea ya no está presente, y sí Acacio, su sucesor y que representa a Cesarea. Éste desempeñó un papel activo⁸⁹, y expuso ideas de Eusebio de Cesarea sobre Cristo.

⁸⁹ EPIFANIO, *Pan.* 72, 6-10.

palabras, la afirmación implícita del *homooúsios* que se acababa de proclamar en Nicea (la carta es de junio-julio del 325). Por algo se silenció. La «Carta a Arrio y sus compañeros»¹⁰⁰ empieza con *Christe, Christe, kýrie, kýrie!* e insiste en la imposibilidad de una *xenē hypóstasis* del Hijo: a éste Dios «lo engendró eternamente y sin comienzo». En este contexto, Constantino hace una rotunda declaración dogmática: «Sé que la plenitud de la potencia superior y que atraviesa todas las cosas del Padre, y el Hijo son una sola esencia». No se puede discrepar más ruidosamente de Eusebio.

11. EUSEBIO COMO ESCRITOR Y COMO CARÁCTER

Eusebio es uno de los escritores más prolíficos de la Antigüedad, y su labor cubrió casi todos los campos de la enseñanza teológica. Fue, alternativamente, historiador, apolo-gista, topógrafo, exégeta, crítico, predicador y dogmático. Su vertiente de historiador es la mejor conocida, pero su contribución en los otros campos es irremplazable. Sin embargo, se producirá cierto desencanto si se busca la huella del genio literario en sus páginas. Eusebio no posee la mente creativa de un Orígenes o un Agustín. Su grandeza descansa en la vasta erudición. Su poder de adquisición es formidable, y su diligencia, infatigable. Poseía el instinto literario e histórico que le hacía seleccionar entre montañas de conocimientos los que de verdad merecen la pena contarse al mundo. Y así, tuvo la habilidad de hacer algo más que adquirir masa sapiencial: supo comunicarla, y hacerla útil a los demás. A pesar de ello, las enormes oportunidades que le

¹⁰⁰ OPITZ, *op. cit.*, Urkunde 34.

brindaba el conocer tanta información no siempre son aprovechadas. No tiene la alta cualidad del genio que sabe interpretar las variadas fuerzas entre tantos hechos, y descubrir los principios rectores que hacen inteligible al conjunto. Lo más probable es que supiera todo sobre Constantino, y, fascinado, lo hizo epicentro de la historia, arquetipo del monarca venidero y meta escatológica de todos los tiempos. Sin embargo, para tratar de cerca su figura, no se le ocurre otro género que el menos indicado para llevarlo a cabo: el encomio de Menandro, que constriñe hasta extremos de fraude, no permite la censura y da licencia para inventar. Al elegir Eusebio este tipo de exposición, premeditadamente se estaba cerrando a la comprensión en profundidad de Constantino, a la percepción de las sombras y las luces del retrato. De lejos, contrapone a Constantino frente a todos los tiranos de un modo simplista y obtuso, aplicando el esquema precristiano, adoptado inmediatamente por la apologética, del tirano castigado por Dios. Eusebio había perdido la ocasión.

El segundo desencanto se sufre cuando se espera un refinado gusto literario o un dominio en el campo de la composición. Su estilo es, en general, pomposo, oscuro y digresivo; su gusto, vicioso. Cuando se hace elocuente, resulta pretencioso, y la mezcla de metáforas es cuando menos chocante. Nunca se supo de un general que trajera mercancías, pero Eusebio así define al Apóstol Pedro ¹⁰¹.

Su manera de escribir es un reflejo de su carácter, y como escribía, así era Eusebio. Más acumulativo que productivo, más pedestre que genial, más registral que especulativo. En el orden religioso, llama la atención en un hombre

¹⁰¹ EUSEBIO, *Hist. Eccl.* II 14.

de la Iglesia, sin ninguna dispersión que lo desviara de ese solo centro, lo estereotipado de sus expresiones, sin una nota personal. Casi no hay una página sin que salga el nombre de Dios, y sin embargo, no hay el más pequeño temblor de emoción religiosa. Cualquier neoplatónico es más trémulo en la vivencia religiosa. En este sentido, dio en el clavo Schwartz cuando pensaba que Eusebio era demasiado astuto como para permutar sus golosos goces entre libros por una vida comprometida y hondamente pastoral como la de obispo de Antioquía. Más despiadado en su juicio es John Henry Newman: «Parece haber tenido los pecados y las virtudes del mero hombre de letras; nunca poderosamente excitado ni para el bien ni para el mal, sin el apremiante interés por la causa de la verdad y los riesgos de la grandeza secular, en comparación con la comodidad y pequeños goces del ocio literario»¹⁰². «La acusación grave bajo la cual está, no es la de arrianizar, sino la de corromper la simplicidad evangélica con el espíritu ecléctico. Mostrando el ambiguo lenguaje de las escuelas como refugio, y su imitación alejandrina como argumento contra los ortodoxos, su conducta dio pábulo a la máxima secular de que la diferencia de credos es un asunto de importancia menor, y de que, con tal de profesar dentro de los límites de la Escritura, podemos especular como filósofos, y vivir como el mundo»¹⁰³.

No acaba ahí el perfil de Eusebio, obispo de Cesarea, ileso de la persecución, romanófilo, hombre de mentalidad ecléctica, a gusto en la soledad de sus libros, entre vastas concepciones.

Eusebio fue un doctrinario, un conspirador, que, en la trama contra los niceanos que se creó nada más acabar el

¹⁰² J. H. NEWMAN, *The Arians*, IV, pág. 262.

¹⁰³ *Ibid.*

Concilio de Nicea, desempeñó el papel de ideólogo en la sombra, se encargó de redactar los documentos sinodales inequívocos, los cánones de largo alcance y las exposiciones teóricas sobre lo que pretendía, en tanto que el otro Eusebio, el de Nicomedia, con su afán de poder y presencia de ánimo se encargó de hacer caer en la tela de araña a Atanasio. Desde la primera hora del estallido arriano estuvo con Arrio: la carta a Eufrentión de Balanea es del 318, y la enviada a Alejandro de Alejandría, del 320. Cuando los padres sinodales de Tiro (335) advierten la fuga de Atanasio, parten hacia Constantinopla seis conspiradores, entre ellos nuestro Eusebio, a la caza de Atanasio, y ante el Emperador, hacen una acusación de orden jurídico, no dogmático, que implica la última pena.

Por fin, las cosas eran lo que eran, pues los padres sinodales que juzgaban a Atanasio de desacato al Emperador porque éste había dictado, sobre un tema dogmático, que se aceptara a Arrio (intrusión mundanoimperial en los asuntos dogmático-eclesiales que nunca admitió Atanasio), ahora cambian los cargos. Lo que comenzó en sutilezas sobre el Lógos, acabó en una sórdida acusación de derecho penal. Lo cual era lógico: unos meses más tarde, Eusebio expondría su teoría de un Emperador-Hierofante-Didáscalos, Nuevo Moisés, «imagen» del Padre, y en «imitación» del Lógos. Un emperador sacralizado lo podía juzgar todo, porque todo era lo mismo. Eusebio, un halcón con plumaje de paloma («a hawk with dove's plumage» —V. Twomey—), conspiró para ello, y lo expuso en 336, con el más bombástico estilo.

por el que esto escribe y ofrece en esta edición. Se sigue el texto crítico de Friedhelm Winkelmann, y, a nuestro entender, es la primera en castellano.

Los criterios que la han guiado han sido el de la economía verbal; el respeto al registro encomiástico, sin aculturar con interferencias (en un texto del s. IV no cabe la voz «dictador», por ejemplo, por su gravedad decimonónica o actual); reproducción rítmica del período eusebiano hasta donde es posible. En la Introducción y notas se da una interpretación, y por ello una reelección bibliográfica, lo que comporta un compromiso y una irremediable arriesgada contención.

2. CUESTIONES ESTILÍSTICAS

De entrada hay que distinguir entre el texto eusebiano y los quince documentos de Constantino alojados en la *Vita Const.*, dos de ellos edictos, en cuyo griego es donde más claramente afloran los calcos del latín cancilleresco en que fueron redactados. Ésta es la principal característica de los escritos de Constantino incrustados en la *Vita Const.*: la latinidad de su substrato, que investigó Heikel de manera irrefutable, y que Pasquali sacó a la luz en el edicto *Vita Const.* II 24-42. «Entre los dos textos, la forma es del todo diversa: fluida, suelta, artística en Eusebio; inquieta, nerviosa, abrupta y latinizante en las fuentes (15 documentos de Constantino). Faltan por completo en éstas el ritmo y la construcción periódica»¹¹².

¹¹² ALFONSO PISTELLI, *I documenti costantiniani negli Scrittori Ecclesiastici*, Florencia, 1941, pág. 69.

la autocita de otras obras suyas pedestremente redactadas, y la autointerpolación de documentos cancillerescos, que no sólo desdice del escritor que premeditadamente se repite y abdica del esfuerzo continuado de la creación poética en que se ha embarcado, sino que disrumpe el tono escrupulosamente artístico. En realidad, no se sabe muy bien qué quiso hacer Eusebio con la *Vita Constantini*; hay desigualdad en la lengua, y hay desigualdad de enfoque: el encomio de Menandro le permite inventar, pero él empotra documentos como pruebas para ciegos. Entonces, ¿para qué escoge el encomio? El *genus* es sublime, pero se autoplagia con autocitas pedestres. ¿Para qué, entonces, se esfuerza por ennoblecen la lengua?

Eusebio no cita la procedencia, pero rara vez copia los fragmentos en toda su literalidad. En la *Vita Const.* se encuentran 23 pasajes tomados de la *Hist. Eccl.* (en las notas se hace la identificación), en donde son más de fiar. Una autocita del *De Laudibus* está comprobada por Heikel. Los quince documentos de Constantino que Eusebio insertó en la *Vita Const.* se especifican más abajo en el apartado «El contenido material».

El análisis estructural de T. D. Barnes¹¹⁷ interpreta el desorden de la obra como una coexistencia de dos proyectos, el uno canónicamente apologético, del estilo del *De mortibus* de Lactancio (y del que quedan abundantes restos), y el otro, que tras una «mature reflection», cancelaría el anterior para ceñirse a la vida piadosa de Constantino. La obra crecería con el desorden típico de algo en ciernes: materiales acumulados, «ductus» narrativo, ya cronológico, ya temático, documentos incrustados. La muerte dejaría los planes sin ensamblar.

¹¹⁷ *Constantine and Eusebius*, cit., pág. 267 y sig.

3. EL CONTENIDO MATERIAL

La trama, el contenido material que se desenvuelve a lo largo de los cuatro libros (I, 59 capítulos; II, 73; III, 66, y IV, 75), argumentalmente se vertebra en diez secciones.

- 1) Proemio. I 1-11: La muerte de Constantino. TESIS: Dios premia a los emperadores piadosos, y castiga a los tiranos. Premio de Constantino. El éxito de la vida de Constantino. Síncrisis con Ciro, con Alejandro. Herencia de Cloro, legado a los hijos. Utilidad de esta obra. FIN: «escribir y hablar sólo de lo que atañe a la vida de religiosa piedad».
- 2) I 12-24: La juventud de Constantino, el padre Constantino, el acceso al trono.
- 3) I 25-48: La campaña contra Majencio (visión de la cruz y elaboración del lábaro), gobierno en Occidente y motivaciones cristianas.
- 4) I 49-II 60: La guerra contra Licinio encabalgando los lib. I y II. Documentos: «*Edict. ad provinciales*». *Carta a Eusebio*. «*Edict. ad orientales*».
- 5) II 61-III 24: La controversia arriana encabalgando los libros II y III, mediante una síncrisis descontextualizada entre Constantino y Licinio. Concilio de Nicea. Documentos: *Carta «A Arrio y Alejandro»* (en II). *Carta sobre Nicea* (en III).
- 6) III 25-58: La construcción de basílicas y la destrucción de templos idolátricos. Santificación de Constantinopla. Documentos: *Dos Cartas a Macario*, obispo de Jerusalén.
- 7) III 59-66: Medidas de Constantino contra las controversias de la Iglesia y los herejes. Documentos: *Carta a los Antioquenos*. *Carta a Eusebio*. *Carta a los obispos reunidos en Antioquía*. *Carta «ad haereses»*.

- 8) IV 1-13: La política interior y exterior. Documento: *Carta a Sapor*, rey de Persia.
- 9) IV 14-39: La legislación cristiana de Constantino. Documentos: *Dos Cartas a Eusebio*.
- 10) IV, 40-75: Los últimos años de Constantino. Concilios de Tiro y Jerusalén. Documento: *Carta al sínodo de Tiro*. Muerte y funerales de Constantino.

4. COMPOSICIÓN

La sección de las «acciones» y los capítulos conclusivos de la *Vita Const.* parecen compilaciones de materiales insuficientemente conformados. La impresión es que se han reunido a toda prisa. A ello corresponden las desigualdades, las fracturas, los saltos. El espectáculo que ofrece tan desmañada compilación fue una de las objeciones a su autenticidad, pareciendo casi probada la intervención de manos falsarias por doquier. Las objeciones más graves se refieren al fondo, a la credibilidad, viendo en las interpolaciones de secciones enteras intentos de modificar interesadamente la imagen del buen emperador que trazó Eusebio.

G. Pasquali¹¹⁸ fue el primero en lanzar la tesis (aceptada, menos por Baynes) de que, en cuanto Eusebio se enteró de la muerte de Constantino (22 de mayo del 337), concibió el plan de dedicarle un panegírico. El viejo obispo lo compondría aprisa, pero los acontecimientos se iban acelerando, e iba haciendo modificaciones a medida que llegaban las noticias. Como él había ligado a la obra objetivos de política

¹¹⁸ «Die Composition der Vita Constantini des Eusebius», *Hermes* 45 (1910), 369-386.

(sobre brutalidad antipagana), IV 57 (sobre el tratado persa) y IV 58-60, 70-71 (sobre los funerales y entierro de Constantino), que Grégoire (y su escuela) consideraban interpolaciones, fueron revalidados por Vogt, Vittinghoff y Franchi, que emprendieron la hercúlea tarea de examinar y desmontar la andanada frontal. El «punto neurálgico» fue invalidado como puro constructivismo por Konrad Kraft¹⁵¹.

Grégoire hizo escuela, creó un aura dogmática y un cierto temor a ser tildado de «conservador». J. Vogt proclamó que, en este campo, nada había que conservar, sino los métodos. La intransigencia de Grégoire llegó incluso a subestimar las consecuencias, demoledoras para su tesis, del hallazgo del *Papyrus Londinensis* 878 (fechado en 324), que reproduce por una vía independiente un largo fragmento del documento más duramente tachado de fraude: *Vita Const.* II 24-48. Hoy no se sostiene ninguna tesis de Henri Grégoire (y su escuela), a pesar del innegable brillo analítico deslumbrante que exhibió. La autenticidad y la credibilidad de la *Vita Const.* (aunque no guste Eusebio y aunque, en un siglo en que inquieta la idea de «salvador», se abomine de Constantino) quedaron a salvo, incluso en el controvertidísimo paso de la *visión de la Cruz*, el más célebre evento del siglo IV (véase Apéndice).

En resumen, la elipsis no es mendacidad, la amplificación menandrea no llega a la ficción, y la ideología panfletaria, que crea un paradigma del príncipe y un arquetipo icónicos, viene a quedar en una cristalización de aspiraciones, una proyección de unas lealtades cambiadas por eclecticismo de formación y por biografía.

¹⁵¹. «Das Silbermedaillon Constantins des Grossen», *Wege der Forschung* 131 (1974), 314 y sig.

IV. EPÍLOGO

ECO DE EUSEBIO

En el siglo IV Eusebio fue una figura desacreditada por filoarriano o por lábil¹⁵². Germano I, patriarca de Constantinopla, da la preciosa noticia de que, en la biblioteca, sus obras no estaban entre las ortodoxas, sino en un cesto aparte (*en kibōtío*).

Tampoco tuvo acogida su modelo de Cristianismo por parte del mundo cristiano (si se sabe interpretar el significado del monacato)¹⁵³, ni la Patrística siguió la «Renovatio constantiniana» según Eusebio. Sostuvo la separación entre *sacerdotium* (divinidad de Cristo) e *imperium* (humanidad de Cristo), en una suerte de diarquía de poderes o *symphōnía*, de la que habla Justiniano en la *Novela 4*. Frente al poder, la Iglesia seguía ontológicamente una; empíricamente múltiple; históricamente legitimada por la comunidad esencial de origen, ley, principios y amor; jurídicamente descentralizada en la pentarquía de las grandes sedes históricas de Roma (la primacía), Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén¹⁵⁴.

Pero es una constatación que el eusebianismo político impregnó la historia de Bizancio. El dicho de Constantino, en una eutrapélica sobremesa, de que él era obispo de los

¹⁵² F. WINKELMANN, «Die Beurteilung des Eusebius und sein Vita Constantini im griechischen Osten», *Byzantinische Beiträge*, 1964, pág. 92.

¹⁵³ G. FLOROVSKI, «Empire and the Desert Antinomies of Christian History», *Greek Orthodox Theological Review* 3 (1957), 142 y sig.

¹⁵⁴ TEODORO DE STUDION, PG 99, 1417bc. Cf. F. DVORNIK, *The Idea of Apostolicity in Byzantium*, Cambridge (Mass.), 1958; MICHEL AZKOUL, «Sacerdotium et Imperium. The constantinian Renovatio according to the Greek Fathers», *Theological Studies* 32 (1971), 431-464.

asuntos externos de la Iglesia, y que Timothy Barnes califica de «witticism», lo repitió con toda seriedad León III (717-741): «Yo soy sacerdote», por más que Juan Damasceno le retrucara que en la descripción de *I Cor.* 12 no figura el Emperador ¹⁵⁵.

¿Fue inevitable esta sacralización del Imperio o estatización de la Iglesia, y Eusebio no más que su más claro ideólogo? La respuesta no es fácil.

F. Dvornick ¹⁵⁶, partiendo de un vocabulario específico, *sōtēr*, *euergetēs*, *poimēn*, *patēr*, *eikōn* induce la fusión de tradiciones orientales (monarquía absoluta) y helenísticas (monarca divinizado), cristianizada por la aportación influyente de Clemente de Alejandría y Orígenes, que ven una identificación de intereses en el Cristianismo y el Imperio. Limitándose a esa constatación se corre el riesgo de pasar fraudulentamente de la semántica a la historia. Eusebio vive en una época que emplea ese vocabulario y esas ideas: con ello se puede reaccionar de otra forma.

E. Peterson ¹⁵⁷ observa una vinculación necesaria entre la monarquía divina y su reflejo, la monarquía terrestre del Imperio Romano: «Pues si el monoteísmo, el concepto de la divina monarquía como Eusebio lo había formulado, no se sostenía teológicamente, tampoco se sostenía la continuidad del Emperador romano. Pero entonces estaría amenazada la unidad del Imperio, integrado mayoritariamente aún por paganos» ¹⁵⁸. La lucha dogmática de los arrianos en el campo trinitario significaba la continuidad y la unidad frente a los ortodoxos.

¹⁵⁵ PG 94, 1296-7C.

¹⁵⁶ *Early Christian and Byzantine political philosophy. Origins and background*, Washington, 1966.

¹⁵⁷ *Der Monotheismus als politisches Problem*, Leipzig, 1935.

¹⁵⁸ *Ibidem*, pág. 95.

H. Berkhof¹⁵⁹ opone «bizantinismo» a «teocratismo», la polaridad Oriente-Occidente. Oriente, pasivo y místico, ve en el monarca terreno la imagen del emperador celeste, y de ello se haría eco Eusebio de Cesarea. Occidente, más ético, considera al Emperador como un ser cualquiera que está sujeto a los mismos mandamientos que los demás seres. Tanto en Peterson como en Berkhof, sus ideas están dictadas por la difícil situación de la Iglesia bajo el régimen nazi.

G. Williams¹⁶⁰ distingue entre la cristología eusebiana (arriana), más atenta al Lógos eterno, incapaz de hacer de la Encarnación y la Crucifixión el centro de su teología, con Puente Milvio y la nueva Roma integrados en el plan de la Salvación, y la cristología ortodoxa, centrada en el Cristo histórico de Belén y el Calvario. En Eusebio no hay lugar para dos sociedades: hay un Dios, un Emperador, una religión y un episcopado dócil (III 19), eco del dicho de Alejandro de Afrodisias «una ley, una fuente, un dios».

Endre von Ivanka¹⁶¹ cree que en Eusebio no sólo hay que ver al aclimatador del «Gottkaisertum» de Diotógenes, Ec-fanto y Esténidas, que se expresa en el *Triakontaeterikós* y en la *Vita Const.*, sino al portador de un marco de ideas tradicionales expuestas en la *Historia Ecclesiastica* I. El Imperio no sería sólo la *akmé* del Imperio Universal y de la unidad monárquica del Romanismo, sino, como Reino, la conclusión de otra línea de la tradición que halla bajo Constantino su consumación al cristianizarse la ecúmene, pero que por su esencia, como forma de vida de cada uno de los

¹⁵⁹ *Kirche und Staat. Eine Untersuchung der Entstehung der byzantinischen und der theokratischen Staatauffassung in vierten Jahrhundert*, 1947.

¹⁶⁰ «Christology and Church-State relations in the fourth century», *Church History*, 20, 1951; III, págs. 3-33; IV, págs. 3-26.

¹⁶¹ *Römerreich und Gottesvolk*, Friburgo-Munich, 1968.

elegidos, ya ha existido desde el comienzo con los «amigos de Dios» de la época antigua. Su prototipo es Abraham (*Hist. Eccl.* I 4, 5), y su tradición se continúa en el pueblo elegido, el judío (*Hist. Eccl.* I 4, 8), Pero como a través de la Parusía de Cristo y la expansión de su doctrina, ésta ha salido del círculo de los patriarcas, de la estrechez de la ley mosaica y del pueblo judío, se puede decir que con Constantino ha nacido un «pueblo nuevo» (*Hist. Eccl.* I 4, 2), no pequeño en un rincón del planeta (vieja acusación de Celso), sino un pueblo numeroso¹⁶², un pueblo piadoso, imperecedero e invencible (eco de la ideología romana), pues existe la gracia de Dios por todos los tiempos (*Hist. Eccl.* I 4, 2). De él habla el profeta *Isaías* 66, 8, y está empeñado en absorber a otros pueblos, en confesar su fe, y hacer de todos un «nuevo pueblo de Dios».

Eusebio toma este motivo del «tercer pueblo». En el Imperio Romano convergen las dos líneas de la tradición: la del Imperio y la de la comunidad de creyentes del verdadero Dios, que Dios ha reunido desde Abraham y por todas las naciones para hacer «un pueblo de Dios». El «Imperio» adquiere un «carácter sacral»; con el empeño de Constantino de aunar, como en un todo, «un pueblo de elegidos ya profetizado». Y el «pueblo elegido» con la cristianización, se hace «universal», como lo era antes. La «universalidad» y la «sacralidad» del pueblo elegido convergen en un pueblo e Imperio bajo Constantino. Este interfluirse es la base de la teología política de Eusebio, según Endre von Ivanka. Tan importante es el «cesarismo romano» como la construcción del «pueblo de Dios». Todo el discurso de Tiro (315) habla

¹⁶² Cf. TERTULIANO, *Apol.* 37, 4: «Esterni sumus, et vestra omnia implevimus, urbes, insulas, castella».

de ello (*Hist. Eccl.* X 4, 21). A la larga, conduciría a su instrumentalización.

E. von Ivanka observa en su descargo que, por lo menos, no se contentaron los bizantinos con la confirmación de la imposibilidad de una realización del «Reino de Dios en la tierra» (el agustinismo es «resignación»), constatando la separación de los dos ámbitos, estatal y religioso, sino en ver realizada la concreción de la idea de «pueblo de Dios» universal en una comunidad concreta, a riesgo de atribuirse una «mesianización». Las consecuencias son claras: del lado oriental, «sacralización»; del occidental, «secularización» del ámbito profano, cívico-real, que por la misma naturaleza de las cosas, hará emerger todo tipo de humanismos laicos.



BIBLIOGRAFÍA

- K. ALAND, «Die religiöse Haltung Kaisers Konstantins», *Studia Patristica* 1 (= *Texte und Untersuchungen zur Gesch. altchristl. Lit.* 63 [1957], 549-600).
- , «Eine Wende in der Konstantinforschung», *Forschungen und Fortschritte* 28 (1954), 213-217.
- , «Kirche und Staat in der alten Christenzeit», *Kirche und Staat. Festschrift H. Kunst*, 1967, págs. 41-49.
- A. ALFÖLDI, «Zur Erklärung der Konstantinischen Deckengemälde in Trier», *Historia* 4 (1955), 131-150.
- , «Hoc signo victor eris», *Pisciculi F. J. Dölger dargeboten*, 1939 (= *Konstantin der Grosse. Wege der Forschung* 131. Ed. H. Kraft, Darmstadt, 1974, págs. 224-246).
- , *Costantino tra paganesimo e cristianesimo*, Roma, 1976.
- F. ALTHEIM, *Literatur und Gesellschaft in ausgehenden Altertum*, I, Halle, 1948.
- M. AMELOTI, «Da Diocleziano a Costantino», *SDHI* 27 (1961), 241-323.
- J. ARCE, *Funus Imperatorum*, 1988.
- M. AZKOUL, «Sacerdotium et Imperium. The Constantinian Renovatio according to the Greek Fathers», *Theological Studies* 32 (1971), 431-464.
- G. BARDY, «Sur réitération du Concile de Nicée», *Recherches des Sciences religieuses* 23 (1933), 430-450.
- , *Eusèbe de Césarée. Histoire Ecclésiastique*, I-IV, 1987.
- , *La conversion au Christianisme durant les premiers siècles*, 1949.

- T. D. BARNES, «Lactantius and Constantine», *Journal of Roman Studies* 63 (1973), 29-46.
- , «The Beginning of Donatism», *Journal of Theological Studies* (1975), 13-22.
- , «The Emperor Constantine's Good Friday Sermon», *Journal of Theological Studies* 27 (1976), 149-155.
- , «The Victories of Constantine», *Zeitschrift für Papirologie und Epigraphik* 20 (1976), 149-155.
- , «Two Speeches by Eusebius», *Greek Roman and Byzantine Studies* 18 (1977), 341-345.
- , «Emperor and Bishops», *American Journal of Ancient History* 3 (1978), 53-75.
- , *Constantine and Eusebius*, Harvard, 1981.
- , *The New Empire of Diocletian and Constantine*, Harvard, 1982.
- , «The conversion of Constantine», *E.M.C.* 29 (1985), 371-391.
- P. BATIFFOL, *La Paix constantinienne et le Catholicisme*, Paris, 1929.
- N. H. BAYNES, *Constantine the Great and the Christian Church*, *The Raleigh Lectures*, 1929 (reimp. 1972).
- E. BECKER, «Konstantin der Grosse der neue Moses», *ZfKG* 31 (1910), 164 ss.
- H. BERKHOFF, *Die Theologie des Eusebius von Cäsarea*, 1939.
- A. DI BERNARDINO, *L'imperatore Costantino e la celebrazione della pasqua*, Università degli Studi di Macerata, núm. 67, Macerata, 1992.
- BESKOV PER, *Rex Gloriae. The Kingship of Christ in the early Church*, Upsala, 1962.
- P. BRUUN, *The constantinian coinage of Arelate*, 1953.
- , «Portrait of a conspirator», *Arctos* 10 (1976), 5-25.
- G. BOISSIER, *La fin du paganisme*, Paris, 1891.
- T. BRIEGER, «Constantin der Grosse als Religionspolitiker» (1880), *Wege der Forschung*, 131, Darmstadt, 1974, págs. 56-84.
- A. BRILLIANTOV, *Imperator Konstantin Velikii i milanskii edikt 313 goda*, Petrogrado, 1916.
- S. CALDERONE, *Costantino ed il Catolicesimo*, I, 1962.

- , «Le culte des souverains dans l'Empire romain», *Entretiens de la Fondation Hardt* 19, Ginebra, 1971.
- H. VON CAMPENHAUSEN, *Die griechische Kirchenväter*, Stuttgart, 1961.
- M. CATAUDELLA, «La persecuzione di Licinio e l'autenticità della Vita Constantini», *Atheneum* 48 (1970), 46-83; 229-280.
- G. CAVALLO, *Libri editori e pubblico nel mondo antico*, Roma-Bari, 1977.
- A. CHASTAGNOL, «Zossime II, 38 et l'Histoire Auguste», *Bonner Historiae Augustae Colloquium 1964-65* (1966), págs. 43-78.
- , «Qualche messa a punto intorno all'imperatore Licino», en *Costantino il Grande. Colloquio sul Cristianesimo nel mondo antico*, Macerata, 1990.
- GL. F. CHESSNUT, *The first Christian Historians*, París, 1972.
- , «The Pattern of the Past: Augustine's debate with Eusebius and Sallustius», en J. DESCHNER, *Our common History of christians*, Nueva York, 1975, págs. 59-95.
- , «The Ruler and the Logos in Neopythagorean, Middle-Platonic, and late Stoic Philosophy», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, parte II, tomo II, 16, 1977.
- V. DE CLERCQ, *Ossius of Corduba*, Washington, 1954.
- CH. COCHRANE, *Cristianismo y Cultura Clásica*, Madrid, FCE, 1983.
- F. DAUNOY, La question paschale au Concile de Nicée», *Échos de l'Orient* 24 (1925), 424-444.
- D. DE DECKER, «La politique religieuse de Maxence», *Byzantion* (1968), 473-562.
- , «L'Épiscopat de l'empereur Constantin», *Byzantion* (1980), 118-157.
- E. DELARUELLE, «La conversion de Constantin», *BLE* 54 (1953), 37-54; 84-100.
- A. DEMANDT, *Die spätantike römische Geschichte von Diokletian bis Justinian*, Munich, 1989.
- E. R. DODDS, *Paganos y cristianos en una época de angustia*, 1975.
- H. DOERRIES, *Das Selbstzeugnis Kaiser Konstantins*, 1954.
- , *Konstantin der Grosse*, Urban Bücher, 29, 1968.

- DOWNEY GLANVILLE, «The builder of the original church of the Apostles at Constantinople», *Dumbarton Oaks Papers* 6 (1951), 53.
- , «Philanthropia in Religion and Statecraft in the fourth century after Christus», *Historia* 4 (1955), 199-208.
- DRAKE, «What Eusebius knew. The genesis of the V.C.», *C. PH.* 33, 1 (1988), 20-38.
- CL. DUPONT, «Décisions et textes constantiniens dans l'oeuvre d'Eusèbe de Césarée», *Viator* 2 (1971), 1-32.
- F. DVORNICK, *Early Christians and Byzantine Political Philosophy*, I-II, Washington, 1966.
- A. EGER, «Kaiser und Kirche in der Geschichtstheologie Eusebs von Cäsarea», *Zeitschrift für neutestamentliche Wissenschaft* 39 (1939), 111 y ss.
- A. EHRHARDT, «Constantins religionspolitik und Gesetzgebung», *Wege der Forschung*, 131, Darmstadt, 1974, págs. 388-457.
- , *Politische Metaphysik von Solon bis Augustin*, II, 1959.
- T. G. ELLIOT, «Constantine's Conversion: Do we Really Need it?», *Phoenix* 41.4 (1987), 220-38.
- , «Eusebian Frauds in the Vita Constantini», *Phoenix* 45 (1991), 162-71.
- , «Constantine's Explanation of his Career», *Byzantion* (1992), 212-34.
- R. FARINA, *L'Impero e l'Imperatore cristiano in Eusebio di Cesarea*, Zurich, 1966.
- FLICHE-MARTIN, *Histoire de l'Église*, III, 1936.
- G. V. FLOROVSKII, *Vostochniye Otsi IV-go veka* (1931), Gregg International, 1972-1978.
- P. FRANCHI DE'CAVALIERI, *Costantiniana*, Studi e testi, 171. Città di Vaticano, 1953.
- E. FRITZE, *Beiträge zur sprachlich-stilistische Würdigung des Eusebius*, Berna-Leipzig, 1910.
- A. FROLOW, «La dédicace de Constantinople dans la tradition byzantine», *RHR* 127 (1944).
- F. FUNK, «Constantin der Grosse und das Christentum», *Kirchen-*

- J. J. HATT, «La vision de Constantin au sanctuaire de Grand et l'origine celtique du labarum», *Latomus* 9 (1950), 427-436.
- I. HEIKEL, *Eusebius Werke*, 1, Leipzig, 1902.
- , «Textkritische Beiträge zu den const. Schriften», *Texte und Untersuchungen* 36, 4, Leipzig, 1911.
- , *De Constantini Imperatoris scriptis edendis*, Helsinki, 1916.
- F. HEILAND, «Die astronomische Deutung der Vision Konstantins», *Vorträge im Zeis Planetarium*, Jena, 1948.
- A. HEISENBERG, *Grabeskirche und Apostelkirche*, II, Leipzig, 1908.
- E. HORST, *Costantino il Grande*, traducción de Umberto Gaudini, Milán, 1987.
- H. U. INSTINSKI, *Bischofsthuhl und Kaiserthron*, Munich, 1955.
- ENDRE VON IVANKA, *Römerreich und Gottesvolk*, Friburgo-Munich, 1968.
- A. H. M. JONES, *Constantine and the conversion of Europe*, University of Toronto, 1978.
- , *The Later Roman Empire 284-602*, I-III, Oxford, 1964.
- , «Were ancient heresies national movements in disguise?», *Journal of Theological Studies* 10 (1959), 280-298.
- , y T. S. SKEAT, «Notes on the genuineness of the constantinian documents in Eusebius Life of Constantine», *Journal of Ecclesiastical History* 5 (1954), 196-200.
- A. KEE, *Constantine versus Christ*, traducción al español, Ed. Martínez Roca, 1990.
- P. KERESZTES, *Constantine, a great christian Monarch and Apostle*, Amsterdam, 1981.
- H. KLOFT, «Zur Vita Constantini I 14», *Historia* 19 (1970), 509-514.
- H. KOCH, *Konstantin den Store*, Copenhagen, 1952.
- P. KOCH, *Die Byzantinischen Beamtentitel von 400 bis 700*, Buchdruckerei G. Nevenhan, 1903.
- L. KOEP, «Konsekrationsmünzen Kaiser Konstantins und ihre religiöse Bedeutung», *Jahrbuch für Antike und Christentum*, 1958, 94-104.

- H. KRAFT, *Kaiser Konstantins religiöse Entwicklung*, Tubinga, 1955.
- K. KRAFT, «Das Silbermedaillon Constantins des Grossen mit dem Christusmonogramm» (1955), *Wege der Forschung* 131, 1974, 297-344.
- R. KRAUTHEIMER, «Zu Konstantins Apostelkirche in Konstantinopel», *Jahrbuch für Antike und Christentum* 1 (1964), 224-229.
- P. KRUEGER, *Codex Justinianus*, Apud Weidmannos.
- CH. LACOMBRADÉ, *L'empereur Julien*, tomo II, 2.^a Parte: *Les Césars*, «Les Belles Lettres», París, 1964.
- R. LANE FOX, *Pagans and Christians*, Londres, 1986.
- R. LAQUEUR, *Eusebius als Historiker seiner Zeit*, Berlín, 1929.
- LECLERCQ, «Eusèbe de Césarée», *Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et de Liturgie*, 5, 1922, col. 760 y sigs.
- F. LEO, *Die griechisch-römische Biographie nach ihrer literarischen Form*, Leipzig, 1901.
- H. LIETZMANN, *Histoire de l'Église Ancienne*, III, París, 1962.
- , «Der Glaube Konstantins des Grossen», *Kleine Schriften* I, págs. 186-201.
- J. B. LIGHTFOOT, «Eusebius of Caesarea», *Dictionary of Christian Biography*, III 1, Londres, 1880, col. 308-348.
- A. MAC GIFFERT, «The Church History of Eusebius» (1889), *Nicene and Post-Nicene Fathers*, Sec. Series, vol. 1, Michigan Reprint, 1982.
- R. MAC MULLEN, «Constantine and the miraculous», *Greek Roman and Byzantine Studies* 9 (1968), 81-96.
- , *Constantine*, Londres, 1970.
- , *Christianizing the Roman Empire*, Yale Univ. P., 1984.
- MANSI, *Sacrorum Conciliorum nova et amplissima collectio* (Florentia, 1759), París, 1901.
- W. MARKUS, *Der Subordinationismus*, Munich, 1963.
- S. MAZARINO, *Antico Tardantico ed Era costantiniana*, 1974.
- P. MEYER, «De Vita Constantini Eusebiana», *Festschrift dem Gymnasium Adolfinum zu Moers*, Bonn, 1888, págs. 23-28.
- TH. MOMMSEN, *Codex Theodosianus*, Apud Weidmannos.

- J. MOREAU, «Sur la vision de Constantin», *Revue des Études Anciennes* 55 (1953), 307 y ss.
- , «Compte rendue de P. Franchi "Costantiniana"», *Byzantinische Zeitschrift* 47 (1954), 134-142.
- , «Zum Problem der Vita Constantini», *Historia* 4 (1965), 235 y sigs.
- , *Lactance. La mort des persécuteurs*, 1954.
- W. NESTLE, «Die Haupteinwände des antiken Denkens gegen das Christentum», *Archiv für Religionswissenschaft* 37 (1941-42), 51-100.
- , «Legende von Tod der Gottes Verächter», *Archiv für Religionswissenschaft* 33 (1936), 246-269.
- H. G. OPITZ, *Urkunden zur Geschichte der arrianischen Streitigkeiten. Athanasius Werke*, III 1, Berlin, 1934.
- P. ORGELS, «À propos des erreurs historiques de la V. C.», *Mélanges Henri Grégoire*, IV, 1952, págs. 575 y ss.
- , «La première vision de Constantin et le Temple d'Apollon à Nîmes», *Bulletin de la Classe des Lettres et Sciences Morales et Pol. Acad. Royale de Belgique* 1 (1948), 180 y ss.
- J. R. PALANQUE, «Progressive Conversion», *The Church in the Christian empire*, Londres, 1949, págs. 12-24.
- F. PASCHOD, «Zosime II 29 et la version païenne de la conversion de Constantin», *Historia* 20 (1971), 334-353.
- G. PASQUALI, «Die Composition der Vita Constantini des Eusebius», *Hermes* 45 (1910), 369 y sigs.
- P. PEETERS, «Comment Saint-Athanase s'enfuit de Tyr en 335», *Studia Hagiographica* 27 II (1951).
- , «L'Épilogue du Synode de Tyr en 335», *Analecta Bollandiana* 63 (1945), 131-144.
- E. PETERSON, *Der Monotheismus als politisches Problem*, Leipzig, 1935.
- P. PETIT, *Histoire Générale de l'Empire Romain*, I-III, 1974.
- , «Libanios et la Vita Constantini», *Historia* 1 (1950), 562-582.
- J. M. PFAETTISCH, *Des Eusebius Pamphili vier Bücher über das Leben des Kaiser Konstantins*, Munich, 1913.
- A. PIGANIOL, *L'empereur Constantin*, Paris, 1932.

- , *L'empire chrétien*, París, 1947.
- , «L'état actuel de la question constantinienne 1930-49», *Historia* 1 (1950), 82-95.
- L. PREVIALE, «Teoria e prassi del panegirico bizantino», *Emerita* 17 (1949), 73-105.
- J. QUASTEN, *Patrologia* I-II, BAC, 1984.
- E. C. RICHARDSON, «Life of Constantine», *Nicene and Post-Nicene Fathers*, Second Series, vol. 1, Michigan, 1982 (reimp.).
- F. ROMERO CRUZ, «Menandro: Sobre los géneros epidícticos», *Acta Salmanticensia. Est. Filolog.* 218, Salamanca, 1989.
- G. RUHBACH, *Apologetik und Geschichte. Untersuchungen zur Theologie Eusebs von Caesarea*, Tesis, Heidelberg, 1962.
- RUSSEL AND WILSON, *Menander Rhetor*, Oxford Clarendon Press, 1981.
- M. J. SANSTERRE, «Eusèbe de Césarée et la naissance de la théorie césaropapiste», *Byzantion* 42 (1972), 131-195; 532-594.
- M. L. SCAEVOLA, «Rilievi sulla religiosità de Costantino», *Istituto Lombardo*, 1982, págs. 209-278.
- F. SCHEIDWEILER, «Nochmals die Vita Constantini», *Byzantinische Zeitschrift* 49 (1956), 190 y ss.
- W. SCHNEEMELCHER, «Athanasius von Alexandrien als Theologe und als Kirchenpolitiker», *Zeitschrift für Neutestament und die Kunde der alt. Kirche* 43 (1950), 242-260.
- H. SCHRÖRS, *Konstantin des Grossen Kreuzerscheinung*, Bonn, Peter Hanstein Verlag, 1913.
- , «Zur Kreuzerscheinung Konstantin des Grossen», *Zeitschrift für katholische Theologie* 40 (1916), 485-523.
- , «Die Bekehrung Konstantin des Grossen in der Überlieferung», *Zeitschrift für katholische Theologie* 40 (1916), 238-257.
- E. SCHWARTZ, «Eusebius von Caesarea», en Pauly-Wissowa, *RE*, VI 1, col. 1428 y s.
- , «Der Aufstieg Konstantins zur Alleinherrschaft» (1904), *Wege der Forschung* 131 (1974), 109-144.
- , *Konstantin der Grosse und die christliche Kirche*, Leipzig, 1936.

- O. SEECK, «Untersuchungen zur Geschichte des nikaenischen Konzils», *Zeitschrift für Kirchengeschichte* 17 (1897), 69-71.
- , «Die Verwandtenmorde Constantins des Grossen», *Zeitschrift für wissenschaftliche Theologie* 33 (1890), 63-77.
- , *Geschichte des Untergangs der antiken Welt*, Stuttgart, 1921-22.
- W. SESTON, «Constantine as a Bishop», *Journal of Roman Studies* 37 (1947), 127 y ss.
- , «Iovius et Herculus ou l'Épiphanie des Tétrarques», *Historia* 1 (1950), 257-266.
- , «La vision païenne de 310 et les origines du chrisme constantinien», *Mélanges F. Cumont. Annuaire Inst. Phil. Hist. Orientales et Médiévales* 4 (1936), 373 y ss.
- K. M. SETTON, *Christian Attitudes towards the Emperor in the fourth century*, Nueva York, 1941.
- M. SIMONETTI, *La crisi ariana nel secolo IV*, Roma, 1975.
- J. SIRINELLI, *Les vues historiques d'Eusèbe de Césarée durant la période prénicéenne*, Dakar, 1961.
- H. SODEN, *Urkunden zur Entstehungsgeschichte des Donatismus*, Berlín, 1950.
- A. SPASSKII, *Istoriya dogmaticheskikh dvizhenii v epokhu vselenskikh soborov*, 1914 (reimpr. en 1970 por Gregg International).
- J. SPEIGL, «Eine Kritik zu Kaiser Konstantin in der V. C. des Eusebs», *Festgabe H. M. Biedermann*, Wurzburg, 1971, págs. 83-94.
- G. S. STEAD, «Eusebius and the Council of Nicaea», *Journal of Theological Studies* 24 (1973), 85-100.
- E. STEIN, *Geschichte des spätromischen Reiches*, Viena, 1928.
- R. STORCH, «The Eusebian Constantine», *Church History* 40 (1971), 145-155.
- J. STRAUB, «Kaiser Konstantin als "episkopos tōn ektós"», *Regeneratio imperii*, Darmstadt, 1972, págs. 119-134.
- , «Konstantin als "koinos episkopos"», *ibidem*, págs. 134-159.
- , «Konstantins christliche Sendungsbewusstsein», *ibidem*, págs. 70-89.

- , «Konstantins Verzicht auf den Gang zum Kapitol», *ibidem*, págs. 100-119.
- , «Palingenesía», *ibidem*, págs. 89-100.
- M. SULZBERGER, «Le symbole de la croix et les monogrammes de Jésus chez les premiers chrétiens», *Byzantion* 2 (1925), 337-448.
- D. TABACHOWIZ, «Études sur le grec de la basse époque», *Skrifter utgivna av K. Humanistika Vetenskap Samfundet* 36, Upsala, 1943.
- L. TARTAGLIA, *Sulla vita di Costantino*, Nápoles, 1984.
- R. TEJA CASUSO, *Lactancio. Sobre la muerte de los perseguidores*, Madrid, 1982.
- W. TELFER, «The author's purpose in the V. C.», *Studia Patristica* 1 (= *Tex. u. Unters. zur Ges. altchr. Lit.* 63), Berlín, 1957, págs. 157-167.
- C. S. R. THOMAS, «L'Abdication de Dioclétien», *Byzantion* 43 (1973), 229-247.
- V. TWOMEY, *Apostholikos Thronos*, Münster, 1982.
- VALESIUS (Henry de Valois), «Eusebii Pamphili de vita imperatoris Constantini libri quattuor», Migne, *Patrologia Graeca*, 20, cols. 905-1232.
- , «Constantini imperatoris "Oratio ad sanctorum coetum"», *ibidem*, col. 1233-1315.
- , «Eusebii Pamphili De Laudibus Constantini», *ibidem*, col. 1315-1440.
- F. VITTINGHOFF, «Eusebius als Verfasser der V. C.», *Rheinische Museum* (n. s.), 96 (1953), 330-373.
- , «Konstantin der Grosse und das 'Konstantinische Zeitalter' der Kirche», en *Staat und Kirche im Wandel der Jahrhunderte*, ed. de W. P. Fuchs, Stuttgart, 1966.
- , «Staat, Kirche und Dynastie beim Tode Konstantins», *Fondation Hardt. Entretiens sur l'antiquité classique*, 34, Ginebra, 1989 [Sonderausgabe].
- L. VOEKL, «Die konstantinische Kirchenbauten nach Eusebius», *Rivista di Archeologia Cristiana* (1953), 49-66, 187-206.
- J. VOGT, «Die Bedeutung des Jahres 312 für die Religionspolitik

- Konstantin des Grossen» (1942), *Wege der Forschung* 131, Darmstadt, 1974, págs. 247-272.
- , «Der Erbauer der Apostelkirche in Konstantinopel», *Hermes* 81 (1953), 111-117.
- , «Kaiser Julian über seinen Oheim Constantin den Grossen», *Historia* 4 (1955), 345 y ss.
- , «Die Vita Constantini des Eusebius über den Konflikt zwischen Constantins und Licinius», *Historia* 2 (1954), 463-471.
- , «Helena Augusta, das Kreuz und die Iuden», *Saeculum* 27 (1976), 211-222.
- , «Die konstantinische Frage» (1955), *Wege der Forschung* 131, Darmstadt, 1974, 345-387.
- , «Pagani e cristiani nella familia di Costantino il Grande», en A. MOMIGLIANO, *Il conflitto tra paganesimo e cristianesimo nel secolo IV*.
- , «Constantin der Grosse», *Reallexikon für Antike und Christentum* 3, Leipzig, 1957, págs. 306-379.
- S. WALLACE-HADRILL, *Eusebius of Caesarea*, Londres, 1960.
- O. WEINREICH, *Triskaidekadische Studien, II: Konstantin der Grosse als Dreizehnter Apostel und die religionspolitische Tendenz seiner Grabeskirche*, Giesen, 1916.
- WEIMAN, «Eusebius von Cäsarea und sein V. C.», *Historisch-politische Blätter für das katholische Deutschland* 129 (1902), 873-892.
- G. M. WILLIAMS, «Christology and Church-State relations in the fourth century», *Church History* 20, Chicago, 1951; III, págs. 3-33; IV, págs. 3-26.
- F. WINKELMANN, «Ueber das Leben des Kaisers Konstantins», *Eusebius Werke. Erster Band. Erster Teil*, Die Griech. Christ. Schrifts, Berlin, 1975.
- , «Die Beurteilung des Eusebius von Cäsarea und seiner V. C. in griechischen Osten», *Byzantinische Beiträge*, 1966, páginas 91-119.
- , «Die Textbezeugung der Vita Constantini des Eusebius von Cäsarea», *Texte und Untersuchungen zur Gesch. altchrist. Lit.*, 84, Berlin, 1962.

- , «Konstantins Religionspolitik und ihre Motive im Urteil der literarischen Quellen des 4. und 5. Jahrhunderts», *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungariae* 9 (1961), 234-256.
- , «Zur Echtheitsfrage der V. C. des Eusebius von Cäsarea», *Studii Classici* 43 (1961), 405-412.
- , «Zur Geschichte des Authentizitätsproblem der V. C.», *Klio* 40 (1962), 187-443.
- , «Zur Geschichtstheorie der Griechischen Kirchenhistoriker», *Acta Conventus XI Eirene*, Varsovia, Ossolineum, 1971, págs. 413-420.
- , «Einige Aspekte der Entwicklung der Begriffe Häresie und Schisma in der IV Jahrhundert», *Koinonia* 6 (2), 1982, págs. 89-109.
- , «T. D. Barnes. Constantine and Eusebius. The Empire of Diocletian and Constantine», *Byzantinische Zeitschrift* 76 (2) (1983), 351-354.
- T. ZAHN, «Constantin der Grosse und die Kirche» (1894), *Wege der Forschung* 131, Darmstadt, 1974, 85-108.
- J. ZEILLER, «Quelques remarques sur la vision de Constantin», *Byzantion* 14 (1939), 329-339.

**SOBRE LA VIDA DEL BEATO EMPERADOR
CONSTANTINO**

ÍNDICES DE LOS CAPÍTULO DE LA SANTA VIDA DEL BEATO EMPERADOR CONSTANTINO

LIBRO I

- 1.1 Proemio sobre el final de Constantino.
- 1.3 Sobre sus hijos reinantes.
2. Continúa el Proemio.
3. De Dios, que premia a los emperadores piadosos y desbarata a los tiranos.
4. Que Dios premió a Constantino.
5. Que reinó piadosamente más de treinta años como monarca único y vivió más de sesenta.
6. Que fue siervo de Dios, y vencedor de naciones.
7. Parangón con Ciro el rey de los persas y con Alejandro el Macedón.
8. Que doblégó a casi todo el mundo habitado.
9. Que, hijo piadoso del emperador, legó también el poder a hijos ya emperadores.
10. De lo necesaria y provechosa para el alma que es esta historia.
11. Que ha relatado solamente los episodios gratos a Dios de Constantino.
12. Que Constantino se educó, como Moisés, en la morada de los tiranos.
13. De su padre Constancio, que rehusó perseguir a los cristianos como Diocleciano, Maximiano y Majencio.

14. Cómo su padre Constancio, recriminado por Diocleciano a causa de su pobreza, llenado que hubo las arcas, restituyó el dinero a los depositarios.
15. De la persecución, llevada a cabo por otros.
16. De qué manera su padre Constancio, fingiendo idolatría, expulsó a los que quisieron sacrificar, y retuvo en cambio en el palacio a los que prefirieron profesar su fe.
17. De su predilección por el amor a Cristo.
18. Que, tras la abdicación de Diocleciano y Maximiano, quedó Constancio como primer Augusto, ufano de su numerosa prole.
19. De su hijo Constantino, que, de joven, visitó Palestina al lado de Diocleciano.
20. El retorno de Constantino a su padre por las asechanzas de Diocleciano.
21. El fin de Constancio, dejando a su hijo Constantino como *emperador*.
22. En qué forma, tras el sepelio de Constancio, el ejército proclamó augusto a Constantino.
23. La ruina de los tiranos, en breve referencia.
24. Que Constantino consiguió el imperio por designio divino.
25. Victorias de Constantino contra los bárbaros y britanos.
26. En qué forma decidió libertar Roma de Majencio.
27. Que, al reflexionar sobre los ruinosos finales de los que cultivan la idolatría, prefirió el cristianismo.
28. De qué manera, mientras oraba, Dios le deparó la visión: una cruz de luz en el cielo, a mediodía, y una inscripción que lo exhortaba a vencer por su intermedio.
29. De qué manera Cristo, el hijo de Dios, se le apareció en sueños, y le ordenó servirse, contra los enemigos, del signo de la cruz.
30. Construcción del signo a manera de cruz.
31. Descripción del signo cruciforme, que ahora llaman lábaro los romanos.
32. De qué manera Constantino hecho catecúmeno leía las Sagradas Escrituras.

33. De los adulterios de Majencio en Roma.
34. De qué manera la mujer del prefecto, en aras de su pudor, se quitó la vida.
35. Matanza del pueblo romano por orden de Majencio.
36. Operaciones mágicas de Majencio y penuria alimenticia en Roma.
37. Derrota en Italia de los ejércitos de Majencio.
38. Muerte de Majencio bajo el puente del río Tíber.
39. Entrada en Roma de Constantino.
40. De su estatua sosteniendo la cruz, y la inscripción.
41. Algazara por las provincias y dádivas de Constantino.
42. Honores a los obispos y construcciones de iglesias.
43. De la beneficencia de Constantino hacia los pobres y menesterosos.
44. De qué manera participaba en los sínodos de los obispos.
45. De qué manera soportó a los africanos.
46. Victorias contra los bárbaros.
47. Muerte de Maximiano ¹, que quiso maquinizar intrigas, y de los otros que descubrió Constantino por una revelación.
48. Celebración de las decennalias de Constantino.
49. De qué manera Licinio atropellaba al Oriente.
50. De qué manera Licinio tramaba asechanzas contra Constantino.
51. Maquinaciones de Licinio contra los obispos y prohibición de sínodos.
52. Destierros y confiscaciones contra los cristianos.
53. Orden de no congregarse las mujeres en los templos y de orar las gentes a las puertas de la ciudad.
54. Orden de licenciar del ejército a los que no sacrificasen, y de no llevar alimentos a los encarcelados.
55. De los desafueros, avaricia y liviandades de Licinio.
56. Que, a la postre, se propuso iniciar la persecución.
57. Que Maximiano ², postrado víctima de verminosa fístula, legisló en favor de los cristianos.

¹ Corrección de Valesius, por Maximino.

² Debe decir Galerio.

58. Que Maximino tras perseguir a los cristianos, y fugitivo, se escondía como un esclavo.
59. Que Maximino, ciego por la enfermedad, legisló en favor de los cristianos.

LIBRO II

1. Secreta persecución de Licinio que causa la muerte de obispos en Amasea del Ponto.
2. Derribos de iglesias y matanzas de obispos.
3. De qué manera Constantino fue movido en favor de los cristianos que estaban en trances de persecución.
4. Que Constantino se preparaba para la guerra con oraciones, Licinio, por el contrario, con oráculos.
5. Qué cosas dijo Licinio, tras sacrificar en un bosque, sobre los ídolos y sobre Cristo.
6. Tropas espectrales por las ciudades de Licinio, como si fueran ejércitos de Constantino que las atravesaban.
7. Que en las batallas, dondequiera aparecía el signo cruciforme se producía allí la victoria.
8. Que fueron seleccionados cincuenta hombres para portar la cruz.
9. Que de los portadores de la cruz el que huyó, fue muerto, por contra, el que resistió con fe, quedó a salvo.
10. Confrontaciones varias, y victorias de Constantino.
11. Fuga y artes mágicas de Licinio.
12. De qué manera Constantino, orando en su tabernáculo, vencía.
13. Humanidad de Constantino hacia los soldados prisioneros.
14. Más sobre las oraciones en el tabernáculo.
15. De la fingida amistad de Licinio y su idolatría.
16. De qué manera Licinio exhortaba a sus soldados a no luchar contra la cruz.
17. Victoria de Constantino.

18. Muerte de Licinio, y triunfo sobre él.
19. Algarabía y festejos.
20. De qué manera legisló Constantino en favor de los confesores.
21. De qué manera también sobre los mártires y las propiedades de la Iglesia.
22. De qué manera también se atrajo a las gentes.
23. Que proclamó a Dios autor de los bienes, y de las leyes por él dictadas.
24. Ley de Constantino sobre la piedad hacia Dios y el cristianismo, en la que está comprendido lo siguiente.
25. Ejemplo sacado de los tiempos antiguos.
26. De perseguidos y perseguidores.
27. De cuántos quebrantos fue causante la persecución a los que combatieron al cristianismo.
28. Que Dios escogió a Constantino como ministro de bendición.
29. Pías expresiones de Constantino hacia Dios y elogio de los confesores.
30. Ley que liberaba del destierro, de las cargas curiales y de la confiscación.
31. Lo mismo para los confinados en las islas.
32. Lo mismo para los ignominiosamente relegados a las minas y a los trabajos forzados.
33. De los militares confesores.
34. Liberación de los condenados en gineceos o de los libres caídos en servidumbre.
35. De la sucesión hereditaria de los patrimonios pertenecientes a los mártires, confesores, deportados y expoliados por el fisco.
36. Que la Iglesia sea heredera de los que no tienen parientes y que lo legado por ellos permanezca en firme.
37. Que los que detentaban los mencionados terrenos, huertos o casas, lo devolvieran, con excepción de lo que les hubiera rentado.
38. En qué forma se debe hacer las solicitudes sobre ello.

39. Que el fisco debe devolver a las iglesias los terrenos, los huertos, las casas, y demás cosas.
40. Que los lugares de los mártires y los cementerios deben ser devueltos a las iglesias.
41. Que los que compraron bienes de la Iglesia, o los recibieron de balde, deben restituirlos.
42. Exhortaciones a que se venerara fervientemente a Dios.
43. De qué manera lo legislado por Constantino se llevó a efecto.
44. Que promovió cristianos al gobierno. Y si había paganos, les prohibió sacrificar.
45. De las leyes que prohibían los sacrificios y ordenaban erigir iglesias.
46. Carta de Constantino a Eusebio y a los otros obispos sobre la construcción de iglesias, de suerte que restauraran las antiguas y erigieran otras más grandes a expensas de los gobernadores.
47. Que legisló contra la idolatría.
48. Edicto de Constantino a las provincias sobre el desvarío politeísta, donde se halla un proemio sobre la maldad y la virtud.
49. Sobre el padre de Constantino, caro a Dios, y sobre los perseguidores Diocleciano y Maximiano.
50. Que la persecución se puso en marcha por el oráculo de Apolo, declarando no poder vaticinar por causa de los justos.
51. Que siendo aún joven Constantino, con sus propios oídos oyó a Diocleciano mientras dictaba lo concerniente a la persecución por haber oído que los justos eran cristianos.
52. Cuántas formas de torturas y de castigos osó aplicar contra los cristianos.
53. Que los bárbaros acogieron a los cristianos.
54. Qué clase de venganza dio alcance a los perseguidores a causa del oráculo.
55. Canto de gloria de Constantino a Dios, profesión de fe en el signo de la cruz y plegaria por las iglesias y las gentes.

56. Que Constantino eleva sus preces para que todos sean cristianos, pero sin coaccionar a nadie.
57. Canto de gloria a Dios por haber iluminado a los descarriados a través de su hijo.
58. Canto de gloria, una vez más, por la conducción del universo.
59. Canto de gloria a Dios por enseñar siempre el bien.
60. Exhortaciones al final del edicto a que nadie moleste al vecino.
61. De qué manera desde Alejandría surgieron controversias por lo referente a Arrio.
62. Sobre el mismo y sobre los melecianos.
63. De qué manera Constantino envió un embajador que portaba una carta en torno a la paz.
64. Carta de Constantino al obispo Alejandro y al presbítero Arrio.
65. Que estaba continuamente ansioso por la paz.
66. Que también logró recomponer las disensiones de África.
67. Que el culto de la piedad se había originado en Oriente.
68. Que contristado por la sedición recomienda la vía pacífica.
69. De dónde ha surgido la controversia de Arrio y Alejandro, y que no se deberían haber planteado tales cosas.
70. Exhortaciones sobre la concordia.
71. Que no se litigara por minucias verbales sobre lo mismo.
72. Que sintiéndose en exceso dolorido en razón de su piedad viose compelido a llorar, y estando a punto de ir al Oriente, se retuvo de hacerlo por esto.
73. Tenaz perturbación por las controversias, incluso después de la misiva.

LIBRO III

1. Parangón entre la piedad de Constantino y el desafuero de los perseguidores.

2. Una vez más sobre la piedad de Constantino, que proclamaba con franqueza su fe en el signo de la cruz.
3. De su retrato, en el que la cruz sobremontaba su efigie, mientras el dragón quedaba hollado a sus pies.
4. Otra vez sobre las disputas en Egipto suscitadas por Arrio.
5. De la disensión en torno a la Pascua.
6. De qué manera dispuso que se celebrara un sínodo en Nicea.
7. Del sínodo ecuménico, en el que estuvieron presentes obispos de todas las provincias.
8. Que, como en los Hechos de los Apóstoles, se congregaron desde las diferentes provincias.
9. De la virtud y edad de los doscientos cincuenta obispos.
10. El sínodo en el palacio; Constantino, una vez hecha su entrada, se sentó en su compañía.
11. Silencio de la asamblea conciliar, tras haberles dirigido el obispo Eusebio una breve alocución.
12. Alocución de Constantino al sínodo sobre la paz.
13. De qué manera llevó al consenso a los obispos discrepantes.
14. Acuerdo unánime del sínodo sobre la fe y la Pascua.
15. De qué manera Constantino, con motivo de las Vicennalia, tomó parte en un banquete con los obispos.
16. Regalos a los obispos y cartas a todos.
17. Carta de Constantino a las iglesias sobre el sínodo de Nicea.
18. Consideraciones del mismo en torno al consenso sobre la festividad de la Pascua, y contra los judíos.
19. Exhortación a adecuarse al uso mayoritario de las provincias.
20. Exhortación a acatar los acuerdos del sínodo.
21. Invitación a los obispos que iniciaban el regreso sobre la concordia.
22. De qué manera despidió a unos, envió cartas a otros, y las distribuciones de dinero que hubo.
23. De qué manera escribió y exhortó a los egipcios sobre la paz.
24. Que también escribió a los obispos y a las gentes numerosas cartas con toda unción.

25. De qué manera ordenó construir un santuario en el santo lugar de la resurrección de nuestro Salvador en Jerusalén.
26. Que los ateos habían tenido oculto el divino monumento bajo cúmulos de tierra e ídolos.
27. De qué manera ordenó Constantino que el material idolátrico y la tierra removida fueran arrojadas lejos.
28. Descubrimiento del santo monumento.
29. De qué manera escribió a los gobernadores y al obispo Macario sobre la edificación del Santuario.
30. Carta de Constantino a Macario sobre la edificación del Santuario del Salvador.
31. Debía ser erigido como más bello que todas las iglesias existentes en el mundo, por los muros, las columnas y los mármoles.
32. No menos debía orientar a los gobernadores sobre la esbeltez de la bóveda y sobre los operarios y los materiales.
33. De qué manera fue construida la basílica del Salvador, la que se profetizó como Nueva Jerusalén.
34. Descripción de la edificación del santísimo monumento.
35. Descripción del atrio y de los pórticos.
36. Descripción de los muros del templo, y de la belleza y revestimiento de oro de su fábrica.
37. Descripción de la doble hilera porticada a ambos flancos, y de las tres poternas orientales.
38. Descripción del ábside hemisférico y de las doce columnas y crateras.
39. Descripción del patio, de las exedras y de los propíleos.
40. De la multitud de monumentos votivos.
41. De la edificación de las iglesias en Belén y en el Monte de los Olivos.
42. Que la emperatriz Elena, madre de Constantino, habiéndose presentado para orar, construyó estas iglesias.
43. Más sobre la iglesia de Belén.
44. Magnanimidad y benéfica largueza de Elena.
45. De qué manera Elena se recogía piadosamente en las iglesias.

46. De qué manera siendo octogenaria feneció, dictando su testamento.
47. De qué manera Constantino sepultó a su madre, y antes de esto la honró, cuando aún estaba con vida.
48. De qué manera edificó en la ciudad de Constantino (Constantinopla) un santuario y abolió toda traza de idolatría.
49. El signo de la cruz en el palacio y (la imagen de) Daniel en las fuentes.
50. Que construyó iglesias, tanto en Nicomedia como en otras ciudades.
- 50.2. De la iglesia erigida en Antioquía.
51. Que también dispuso que hubiera una iglesia en Mamré.
52. Carta de Constantino a Eusebio sobre Mamré.
53. Que el Salvador se le reveló allí mismo a Abrahán.
54. Derribo por doquier de templos idolátricos y estatuas.
55. Destrucción del templo idolátrico y su licencia en Afaca de la Fenicia.
56. Destrucción del templo de Asclepio en Aigai.
57. Cómo los paganos repudiando los ídolos tornaron al conocimiento de Dios.
58. De qué manera, una vez que demolió el templo de Afrodita en Heliópolis, edificó por primera vez una iglesia.
59. Sobre el tumulto en Antioquía por causa de Eustacio.
- 59.3. De qué manera Constantino escribió sobre estos hechos, en un afán de paz.
60. Carta de Constantino a los Antioquenos para que no apartaran a Eusebio de Cesarea, empero se buscaran a otro.
61. Carta de Constantino a Eusebio, elogiando el rechazo de Antioquía.
62. Carta de Constantino al sínodo, para que no apartaran de Cesarea a Eusebio.
63. De qué manera se esforzó por podar las herejías.
64. Edicto de Constantino contra los herejes.
65. De la incautación de los lugares de reunión de los herejes.
66. De qué manera, descubiertos en su poder libros ilegales, muchos de los herejes retornaron a la Iglesia Católica.

LIBRO IV

1. De qué manera con donativos y promociones honraba a numerosísimas personas.
2. Indulto de la cuarta parte de los impuestos censitarios.
3. Ecuilización también en los agravados impuestos censitarios.
4. Que en los procesos de naturaleza dineraria él mismo resarcía de su peculio a los perdedores del pleito.
5. Sumisión de los escitas vencidos por el signo de nuestro Salvador.
6. Sumisión de los sármatas con motivo de la insurrección de los esclavos.
7. Embajadas de diversos bárbaros, y los regalos que de él recibieron.
8. Que también escribió al rey de los persas, objeto de una embajada, sobre los cristianos allí residentes.
9. Carta de Constantino Augusto a Sapor, rey de los persas, en la que proclama del modo más reverente su reconocimiento de Dios y de Cristo.
10. Continúa hablando contra los ídolos y glorificando a Dios.
11. Continúa hablando contra los tiranos y perseguidores, y sobre Valeriano, caído en cautiverio.
12. Que ha visto las caídas de los perseguidores, y se alborozaba ahora por la paz de los cristianos.
13. Exhortaciones para que ame a los cristianos que viven en sus dominios.
14. De qué manera tenían los cristianos paz, por el ahínco de las súplicas de Constantino.
15. Que se hizo retratar en las monedas y en las efigies a guisa de suplicante.
16. Que prohibió por ley colocar en los templos idolátricos imágenes suyas.
17. Preces y lecturas de las Sagradas Escrituras en palacio.
18. Legislación que ordenaba guardar el día del domingo y del viernes.

19. De qué manera ordenó que también los soldados paganos oraran en los domingos.
20. Fórmula de la oración dada por Constantino a los soldados.
21. Incisión de los signos de la cruz del Salvador en las armas de los soldados.
22. Ahínco en la oración y culto de la festividad de la Pascua.
23. De qué manera puso freno a la idolatría y veneraba a los mártires y sus fiestas.
24. En qué modo afirmó que él era como un obispo que atendía los asuntos externos de la Iglesia.
25. Una vez más sobre la prohibición de sacrificios, iniciaciones místicas, combates de gladiadores y los de antaño disolutos sacerdotes del Nilo.
26. Rectificación de la ley dirigida contra los carentes de prole y rectificación igualmente de la que versaba sobre testamentos.
27. Legisló prohibiendo que un cristiano fuera esclavo de judíos, y afirmando que los decretos de los sínodos tuvieran fuerza de ley, así como otras provisiones del género.
28. Donativos a las iglesias y distribuciones dinerarias a vírgenes y pobres.
29. Discursos y declamaciones de Constantino.
30. Que trazó la dimensión de una tumba para bochorno de los ambiciosos.
31. Que fue objeto de burlas por su excesiva humanidad.
32. Del discurso de Constantino que compuso a la asamblea de los santos.
33. De qué manera, a pie firme, escuchó la exposición de Eusebio sobre el sepulcro del Salvador.
34. Que escribió a Eusebio sobre la Pascua y los Libros Sagrados.
35. Carta de Constantino a Eusebio elogiando su libro sobre la Pascua.
36. Carta de Constantino a Eusebio sobre la provisión de Sagradas Escrituras.
37. De qué manera se aprestaron las Biblias.

38. De qué manera el emporio de Gaza fue convertido en ciudad por su cristianismo, y fue llamada Constancia.
39. Que un centro de Fenicia fue convertido en ciudad, en tanto que en otras ciudades hubo destrucción masiva de templos idolátricos y edificaciones de iglesias.
40. Que a los tres decenios de su imperio proclamó a sus tres hijos emperadores y decidió llevar a cabo las Encaenia (dedicación) del santuario en Jerusalén.
41. Que, en razón de las controversias surgidas en Egipto, ordenó celebrarse entre tanto un sínodo en Tiro.
42. Carta de Constantino al sínodo de Tiro.
43. Diéronse cita obispos de todas las provincias para festejar las Encaenia del santuario de Jerusalén.
44. De su recepción por el notario Mariano, de los donativos a los pobres y ofrendas votivas a las iglesias.
45. De las variadas homilias de los obispos en las conferencias, y de Eusebio, el que escribió esta obra.
46. Que, más tarde, pronunció en presencia del mismo Constantino la descripción del santuario del Salvador, y el discurso de Tricennalia.
47. Que el sínodo de Nicea tuvo lugar con ocasión de las Vicennalia; las Encaenia de Jerusalén, en cambio, en las Tricennalia de Constantino.
48. De qué manera Constantino no soportó a cierto adulator excesivo.
49. Las bodas de su hijo, el César Constancio.
50. La embajada de los indos, y los regalos.
51. De qué manera Constantino repartió el poder en los tres hijos instruyéndoles en las tareas gubernamentales desempeñadas con religiosidad.
52. De qué manera los educó en la piedad, entrados ya en edad viril.
53. Que, tras haber reinado alrededor de treinta y dos años, y viviendo más de sesenta, disponía de un cuerpo sano.
54. De los que abusaron de su demasiada humanidad con la mira puesta en su insaciable ambición e hipocresía.

55. De qué manera Constantino siguió componiendo discursos hasta el mismo final.
56. De qué manera preparando la campaña contra los persas convocó a su lado los obispos y dispuso un tabernáculo a manera de iglesia.
57. De qué manera, tras recibir las embajadas de los persas, pasó en vela toda la noche con otros, en la festividad de la Pascua.
58. De la edificación en Constantinopla del santuario llamado de los Apóstoles.
59. Una vez más, descripción del mismo santuario.
60. Que en éste se construyó también un monumento a su sepulcro.
61. Indisposición de su cuerpo en Elenópolis, y plegarias para su bautismo.
62. Súplicas de Constantino a los obispos para la impartición del lavacro.
63. De qué manera exulta a Dios, tras recibir el lavacro.
64. El final de Constantino, a mediodía, en la festividad de Pentecostés.
65. Lamentaciones de los soldados y comandantes.
66. Traslado del cadáver desde Nicomedia al palacio de Constantinopla.
67. De qué manera, incluso después de la muerte, fue honrado por los cómites y demás cortesanos como si estuviera en vida.
68. De qué manera el ejército juzgó que en adelante sus hijos fueran augustos.
69. Duelo en Roma por Constantino, y honras tras su muerte mediante imágenes.
70. Deposición de la urna fúnebre en Constantinopla por su hijo Constancio.
71. Exequias en el llamado santuario de los Apóstoles por la muerte de Constantino.
72. Sobre el Ave Fénix.

- 73. De qué manera se hizo grabar en monedas a Constantino como si ascendiera al cielo.
- 74. Que Dios, objeto de su honra, lo honró, a su vez, con plena justicia.
- 75. Que Constantino fue más piadoso que los emperadores romanos que lo precedieron.



SOBRE LA VIDA DEL BEATO EMPERADOR CONSTANTINO,
DE EUSEBIO (DISCÍPULO) DE PÁNFILO

LIBRO I

No hace mucho tiempo que, en honor del Gran Empera- 1 1
dor, el linaje humano por entero celebraba con festivos
banquetes los aniversarios de cada Decennalia; no hace
mucho, nosotros mismos también en persona, honrábamos
con un encomio de Vicennalia al vencedor egregio, tras
haberlo acogido en medio del sínodo de los ministros de
Dios; pero es que hace bien poco, en el mismo palacio
imperial, coronábamos la sacra cabeza, al haber trenzado en
su loor Tricennales guirnaldas de palabras¹. Ahora, empero, 2
se nos ha estancado la palabra vacilante, de un lado anhe-
lando pronunciar algo a lo que estemos acostumbrados; del
otro, no sabiendo por dónde tirar, embelesada como está
por la maravilla única de ese inusitado espectáculo. Pues
dondequiera fije la palabra su atenta mirada, ya sea al
Levante o al Poniente, ya sobre la faz toda de la tierra, o

¹ *Decennalia*, fiestas conmemorativas de los diez años del acceso al poder (*dies imperii*), el 25 de julio del 306. Las celebró en Roma y el Senado le dedicó la Basílica de Majencio y el Arco de Triunfo. Las *Vicennalia*, o fiestas por los veinte años, coincidieron con el Concilio de Nicea, inaugurado el 25 de mayo del 325 y presidido por su convocante Constantino. *Tricennalia*, festejos tras los treinta años. En su marco Eusebio pronunció ante Constantino en Constantinopla el *Triakontaeterikós*, trascendental discurso sobre su Teología Política. Estas fiestas duraban un año.

